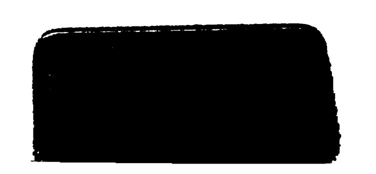

WIDENER
HN QV2Z 5


SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV-ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE





Manuel Bueno.

ALMAS Y PAISAJES

Nunca negué á mis ojos
nada de cuanto desearon.
(ECCLESIASTÉS)



MADRID: MCM

ALMAS Y PAISAJES

A D. ANTONIO SÁNCHEZ RAMÓN

Su amigo,

MANUEL BUENO.

Madrid, 1900.

ALMAS Y PAISAJES

—

A Rodrigo Soriano.



Almas y paisajes.

La diligencia detúvose en uno de los tramos de la carretera, á cosa de una legua de la aldea. Era la diligencia un armatoste sin el garbo de los vehículos modernos, mezquinamente dotado con seis hileras de bancos paralelos, en los cuales podían acomodarse hasta cuarenta personas.

La imprevista suspensión del viaje, motivada, según advirtiera el mayoral, por un accidente del tiro, contrarió á dos ó tres pasajeros. Una de las mulas habíase caído de rodillas al tocar en lo alto del camino, y ni los mazorrales requerimientos del cochero ni el ejemplo obediente de sus compañeras de escla-

vitud, las otras mulas dispuestas á arrancar, pudieron sobre el rendido cuadrúpedo. Jadeaba con tal ansiedad, que el mayoral apresuróse á desengacharlo.

Libre ya la mula de los opresores aparejos, tumbóse después al arrimo de los peñascales que deslindan la carretera del monte, y cerró los ojos con soñolienta mansedumbre, quedándose inmóvil. De cuándo en cuándo una dilatación de los belfos certificaba la vida del animal.

Restituídos los pasajeros á la diligencia, reemprendióse la marcha al trote acelerado, como para ganar el tiempo perdido. El accidente de la mula abandonada alentó las conversaciones de todos, derramando en el coche una temporal atmósfera de familiaridad.

—Esos pobres animalitos de Dios trabajan mucho y comen poco—dijo un cura que había subido en Guernica.

—Yo creo que no es el hambre sino la sed la que ha tumbado á la mula. No se puede apechugar con una cuesta teniendo el gaznate seco...

El que así se expresara dando á sus últimas palabras una entonación grave y sentenciosa, era un anciano, bajete, rechoncho, de vivo

mirar y ostensible aspecto de marino en vacaciones.

—Lo indudable es—afirmó un tercero que por las trazas parecía comisionista—que estas cosas traen perjuicios enormes al comercio. Si no se piensa en prolongar el ferrocarril hasta Motrico, la ruina de estos pueblos es segura...

—No lo espere usted de este gobierno—saltó á decir un viajero como de cincuenta años, alto, enjuto, y que se expresaba con vivacidad—un gobierno sin religión, un gobierno que no se atreve á expulsar á la masonería de España, no nos puede llevar á ninguna parte, como no sea á la ruina.

El comisionista—por tal le tenemos—mostróse sorprendido de semejante razonamiento. El no acertaba á penetrar en la secreta influencia que pudiera tener la masonería en el comercio. Así, pues, limitóse á contestar con la socarrona suficiencia que distingue á ciertos horteras.

—Mire usted, amigo—la religión no tiene nada que ver con los negocios. Lo urgente ahora es abrir mercados á la exportación...

—Y acabar con el liberalismo—interrumpió con vehemencia su interlocutor...

—Y reorganizar la marina—atrevióse á sos-

tener el anciano que había hablado después del cura.

Este se mantuvo en silencio, distante de las menudas querellas que sostenían sus compañeros de viaje.

Pensaba en la pobre mula enferma, en el manso animal que se moría de insolación sobre la carretera reverberante de sol...

Tampoco Gabriel había intervenido en la conversación. Su mirada, bañándose en el paisaje, alegrábase con los recuerdos de la niñez. Al cabo de veinte años de destierro, volvía á su aldea, al seno de sus padres, á su caserío, á su mundo. Y la imaginación del emigrante se remozaba emocionada con la proximidad de aquello...

Cuando la diligencia se detuvo en el parador de Bermeo, que está á la entrada del pueblo, enfrente del casino, los viajeros iban de charla muy tirada sobre la baja del exterior. Un enjambre de chiquillos descalzos y en pernetas, cercó el carricoche. Gritaban en vascuence gesticulando mucho; y al apearse los pasajeros le secuestraban las balijas comprometiéndose á llevarlas á su destino.

Gabriel requirió prontamente su equipaje y se estacionó junto al parador, en la actitud un

poco contrariada del que aguarda. Era un mozo de garridas hechuras, alto y proporcionadamente grueso, tenía azules los ojos, atezada la color del semblante, y usaba bigote y barba rubios: esta última corrida. Al bajar del coche quitóse el sombrero de fieltro y se enjugó con el pañuelo el sudor que le inundaba la frente. Luego, encendió un cigarro y se sentó sobre una de sus maletas.

Transcurridos diez minutos durante los cuales no hizo el menor gesto que revelase contrariedad, decidió aproximarse á un grupo de mujeres que conversaban no lejos de él, y preguntarles si conocían á Mari Jesús Mendialdúa, que era su madre. No bien hubo formulado la pregunta cuando una anciana bajita y de apergaminado rostro se le colgó del cuello.

—*Gabriel, se mia* (Gabriel, hijo mío)—exclamaba en vascuence, plantada delante de él. ¿No me conoces ya, hijochu? ¿Cómo no viniste á mí al apearte? Allí estaba yo impaciente aguardando...

Gabriel, sin entender del todo, asentía moviendo la cabeza. Se dejó besar repetidas veces correspondiendo á la efusión maternal más emocionado que cariñoso. Expresábase la anciana en el idioma nativo, el vascuence milena-

rio que Gabriel aprendiera en la cuna para luego olvidarlo en veinte años de estériles vagabundajes por América...

—¿Y padre?—preguntó en vascuence, trayendo á la conversación una de las contadas palabras que recordaba.

—Bueno y fuerte, á Dios gracias. En la heredad de D. Fermín le tienes, muy atareado con la recogida del heno.

Madre é hijo echaron á andar hacia el caserío que habitaba el matrimonio Mendialdúa, distante media legua del pueblo. Iban detrás de ellos dos mujeres conduciendo el equipaje del viajero y parloteando á su costa. Gabriel, oyó una vez que le aplicaban el consabido mote de «Indiano», y como entreviera lo que eso significa en una aldea, se entristeció. Volvía pobre, pobre del todo, y con muy hondos quebrantos en el alma. En veinte años de vagar por América, la suerte no se le había mostrado muy propicia, aunque le dispensara la merced de un pasar modesto, que para seguir subsistiendo pedía asiduidad en el trabajo. Regresaba poco menos que como se fué; es decir, peor, porque ahora á la carencia de fortuna había que sumar la falta de juventud, época en que se amasan los positivos éxitos de la vida.

Llegados al caserío, su madre se empeñó en que Gabriel comiese algo. En vano fué que él, embargado de la melancolía que incuba la soledad interior en las almas, se negase á tomar alimento.

Insistió la anciana con tan afable terquedad, que Gabriel se avino á complacerla. Mientras la madre acarreaba lo necesario para encender la lumbre, el mozo, callado, la contemplaba silencioso. ¿Para qué hablar, si no se hubieran entendido? Hubo un momento en que se consideró un extraño en aquella casa, un pobre vagabundo que pedía hospitalidad para morir.

La solicitud de la madre despertaba la ternura del hijo. Las añoranzas de la niñez renacían en su alma á favor de aquella atmósfera de paz aldeana, de campesino sosiego que llenaba la morada y algo de su ser que se había evaporado en muchos años de lejana expatriación, reincorporábase á su personalidad actual, devolviéndole juventud, inocencia y amor á las cosas humildes. ¿Por qué ambicionar? La dicha ¿está cerca ó lejos de nosotros? Tumultuosamente subía de su alma á sus ojos la efusión filial, como una marea de cándidas remembranzas. Y se borraban las amarguras pasadas y se

extinguía la visión de sus decepciones en un anochecer definitivo...

La madre, entretanto, había encendido el fogón. Nudosas, renegridas, deformes, las manos de la anciana se destacaban sobre el llar de la cocina, como dos sarmientos resecos á flor de tierra.

A la vista de aquellas pobres manos piadosas conmovióse Gabriel intensamente.—*Amachu maitía*—díjole con llorosa ternura aproximándose al fogón. Y le besó en las manos, en las humildes manos heridas que ella le dejó retener con más sorpresa que emoción...

—¿Y padre?—tornó á preguntar el mozo con impaciencia.

La anciana le significó ayudándose de gestos, que luego de comer saldrían en busca del viejo. Por calmar la satisfacción de su madre, que no cesaba de mirarle, apechugó Gabriel con una tortilla y unas lonchas de jamón primitivamente aderezadas. En dos ocasiones intentó él, pretextando hartura, separar el plato, pero la anciana lo atajó con viveza—*Es, es, tira ariñ* (No, no, vamos, todo).

Empezaba á anochecer cuando salieron en busca del padre. La claridad diurna parecía haberse refugiado en una zona del lejano occi-

dente, desamparando una gran extensión del cielo que quedaba privada de luz. Era un crepúsculo de Junio, templado, sin la desmayada melancolía del ocaso otoñal; casi alegre.

Madre é hijo entraron campo adelante, orillando las heredades de labrantío, atentos á no dañar las plantaciones. Un aroma crudo, selvático, de brezos y zarzamoras, tonificaba los pulmones como una ducha interna. Anduvieron largo trecho sorteando las parcelas de tierra en cultivo hasta encontrarse en la heredad de don Fermín, el médico, donde solía trabajar temporalmente el viejo Mendialdúa. Cuando llegaron la madre y el hijo, varios aldeanos se ocupaban en rociar el estiércol.

En los senderillos que limitaban las huertas veíase montones de colzas ds la reciente cosecha, y junto á ellas rimeros de canastas destinadas al acarreo de la recolección.

Entre la anciana y los peones trabóse una conversación en vascuence. Estos miraban á Gabriel con adormilada curiosidad sin dirigirle la palabra. Mari Jesús contaba con pormenores el regreso del hijo, y suponiéndole con dinero para mantener á sus padres, anunciaba á los aldeanos la despedida de su marido de la labor.

Antes de que se marcharan la vieja y el mozo hacia la taberna de Agustín Bustinza, donde recalaba Mendialdúa todas las tardes, un aldeano, ganoso de saber si Gabriel tenía reloj, preguntóle la hora. La vista del cronómetro de acero empavonado no despertó la admiración de los peones, y hasta hubo alguno de ellos que se atrevió á dudar de que Mendialdúa se despidiera definitivamente de la heredad. Mari Jesús y Gabriel pusiéronse nuevamente en marcha. Por fortuna para ellos, la taberna de Bustinza distaba poco.

En el camino, una tristeza enervadora invadió á Gabriel. Nunca se había sentido tan solo como entonces. Entre él y los que le rodeaban, aun los seres más íntimos por consanguinidad, los de su raza, habíase roto el vínculo de asociación espiritual. Lo más sano de su vida, los entusiasmos de la mocedad, las fiebres de amor que comunica la mujer, las osadas altanerías que se derivan de un vivir independiente y solitario, quedaban allá lejos, del otro lado del mar, en climas remotos á donde acaso ya no volviese... Aquí, en su aldea, era un extraño.

Andando, andando, sorprendióles la noche y el Angelus resonó piadosamente en la plenitud de la campiña vasca. La vieja se detuvo á

rezar en voz alta, y como advirtiese que su hijo no la acompañaba en la oración, le miró con severidad. Descreído y olvidadizo, Gabriel no pensaba en la otra vida ni había articulado el Padre Nuestro desde la niñez.

Así que llegaron á la taberna de Agustín Bustinza, la emoción sobrecogió á Gabriel. Al cabo iba á ver á su padre. Y de antemano descontaba la escena de abrazos, de exclamaciones alegres, de francos regocijos entre el anciano labrador y el hijo que llegaba de América. Entraron. Muy adentro, casi en el fondo de la taberna, bebían dos ancianos arrimados á una mesa de pobre atalaje. Uno de ellos, flacucho, encorvado y de mirar sumiso, era Mendialdúa. Mari Jesús se lo indicó callando á su hijo. Gabriel adelantóse con los brazos abiertos, ávido de estrechar á su padre. El anciano no se movió. Con el cuerpo echado hacia atrás, apoyándose en la pared y las piernas extendidas á lo largo del banco, hubiérasele tomado por un muerto si su mirada, llena de estupor, no lo desmintiera. Tenía en la diestra un jarro de vino que se aplicaba de cuándo en cuándo á los labios con senil indolencia, y parecía extraño á todo lo que le rodeaba.

—Es tu hijo, es Gabriel, nuestro hijo—excla-

maba entretanto Mari Jesús con tierna exaltación maternal...

El viejo seguía mirando á su mujer y su hijo con la estúpida sorpresa que le hubiese causado una aparición del otro mundo. No se movió. Gabriel, asistido de su madre y con la ayuda del tabernero, condujo fuera á Mendialdúa.

Ya en el campo, la familia echó á andar hacia el caserío, sin que en el camino profiriese el anciano una palabra reconociendo á su hijo... Era noche cerrada.

ESPUMAS

—

A Emilio Bobadilla.



Espumas.

—

(*Kiss me my love for the last time.* SHELLEY)

CUANDO ella entró en la alcoba, él, que estaba despierto desde hacía ya largo rato, fingió un desperezo que le ahorraba contestar á la dama. Estímulos de un orgullo infantil á que daba pábulo su dominio sobre aquella mujer, empujaban á José Luis á la descortesía, y solamente cuando, pasado algún tiempo, ella, que era todo mansedumbre, quejábase con sumisa ternura de su aspereza, forjaba el mozo el propósito formal de no reincidir. Intención vana que cedía á la menor contrariedad. Una alteración de la temperatura era bastante para echar

por tierra el afán de enmienda de José Luis, restituyéndole su primitiva acritud.

—Bueno que no contestes á mi saludo—le dijo la dama aproximándose al lecho —pero, no te vuelvas del lado de la pared. (*Pausa*). Ni que fuese visita de acreedor...

Expresábase Carmen con voz blanda y grave que tenía asonancias maternales. Era la dama de aventajado porte, gruesa y un tanto pálida, con esa palidez marfileña que da una dilatada clausura. Parecía una abadesa. No obstante haber traspuesto la cuarentena, conservaba una belleza y una distinción que ella sabía lucir con recatada mesura, sin aventurarse nunca á los riesgos de la coquetería frívola.

Sus palabras no iban en son de recriminar. Quejábase de los caprichos zahareños de su amante, sin esperanza de que se corrigiese, y nada más que por decir algo que avivara la conversación.

Después de un silencio que se prolongó cinco minutos, la dama optó por no insistir. Dejó sobre el velador de cabecera los libros devocionarios que traía en la mano, se quitó la mantilla para estar más holgada, y anduvo unos pasos de largo á largo en la espaciosa alcoba como si se resolviese á esperar, sin impacien-

cia ostensible, que José Luis resollara. Al cabo, éste se volvió aparentando despertar:

—Carmencita, vida, ¿estabas ahí? — díjola con voz melosa...

Ella, se echó á reir.

—No te das traza para fingir; y si te metieses á cómico, fracasarías...

Él, hizo una mueca que valía tanto como una aprobación; y porque Carmen no continuase la sarta de reproches, encendió un cigarro.

—¿Qué traes de la calle, beatita?—interrogaba con acento cariñoso...

La calificaba así porque, desde hacía poco tiempo mostraba ella decidida afición á la iglesia. Era un fervor el suyo que coincidía con el declinar de la juventud, ceremonioso, benévolo y limpio de intransigencias que encubrieran fanatismo. Pertenecía á la Asociación de San Vicente de Paul, y su piedad de buen tono resolvíase en visitas y donativos semanales á las familias pobres que reclamasen socorro.

—Al salir de las Calatravas—decía Carmen —he dado una vueltecita por la calle de Alcalá. Quise hacer tiempo para no privarte de media hora de sueño... Ya ves, así y todo, cuando llegué...

José Luis no quiso advertir el retintín de la

frase. Aparentando distracción puso la mirada en el techo, y preguntó:

—¿A quién has visto?

—Persona conocida, nadie, fuera de Concha Soriano que salía de casa de Villasante con sus niños. Por lo que pude ver, acababa de comprarles sombreritos de paja.(*Pausa*). Y á propósito de Concha Soriano, ¿sabes que me saluda con un no sé qué de frialdad que me encocora?

—Aprensiones tuyas, mujer—replicó él sin desvíar los ojos del techo.

—Después de todo, ella no es quién para ponerme la ceniza en la frente—añadió Carmen amoscada.—Reciente está su lío con el general, y nadie ha olvidado el escándalo de los Viveros...

José Luis, en silencio, remozó el recuerdo de aquella aventura que mentaba su querida. Concha Soriano, mujer del marqués de Lancey, había sido sorprendida el verano último cenando con el general Rivera en un cuartito de los Viveros. El caso produjo un escándalo estrepitoso en Madrid, se habló de un divorcio y de un desafío, y todo concluyó en que el marqués se sacrificaba por la dicha de sus hijos, y en que el general se iba á Viena con una misión diplomática...

—La verdad es—exclamó José Luis con una ironía despiadada—que si el ministro de Hacienda crease un impuesto sobre la entereza conyugal de los maridos, no tendría el Erario grandes ingresos...

Carmen mostróse ofendida de aquella chuscada. Antojábasele mortificante la menor frase que arguyera desdén para los maridos engañados, y en aquella salida de José Luis vió ella un asomo de alusión al suyo.

—Me duele que se te vaya el ingenio en palabras de mal gusto—díjole sin disimular su contrariedad...

La extraña viveza con que se expresó Carmen, irritó á José Luis. Más por afan de mortificarla que por celos efectivos, solía deslizar alguna vez en la conversación alusiones á su marido, á quien, la verdad sea dicha, ni quería ni detestaba. En lo tocante á la mujer, casi le sucedía lo mismo. Aquellas relaciones clandestinas que databan de cuatro años atrás, carecían ya para él de incentivo sensual. Estaba, pues, firmemente resuelto á desligar de su vida á aquella mujer, que ni era su amor, ni su madre, ni su amiga, sino un amasijo de esos tres afectos, prudentemente dosificados. ¿Va á durar esto una eternidad? preguntábase á veces

José Luis, mirando de soslayo á Carmen, cuya belleza, si no estaba marchita, andaba lejos de la lozanía.

¿Voy á resignarme á vivir apareado secretamente á esta mujer que no amo, que no amaré ya más, aunque haya sido para mí un dulcísimo y pasajero capricho? A todo conceder—pensaba el mozo—un amor puede durar lo que dura un buen gabán, un par de inviernos...

—¿Sabes Carmencita que con eso de la beatería se te va agriando el carácter? Estás, de veras, insoportable...

La dama, sorprendida de aquella respuesta, le miró en los ojos, que eran para ella el barómetro que señalaba la temperatura espiritual de su amante. No hallaba relación entre sus anteriores palabras y aquella calculada agresividad de José Luis. Calló, pues, por no exacerbar su enojo. Aturdida por el dolor, dejó que fluyese su pena en lágrimas silenciosas, que, lejos de compadecer al mozo, le irritaron. No me inspira nada—pensaba mirándola llorar—nada más que una sensación de cansancio opresor. No hay reciprocidad en las pasiones. Antes, hace ya tiempo, cuando yo quise á esta mujer que llora á los pies de mi cama, apenas si me otorgaba una palabra de afectuoso aliento

Ahora, soy yo el que no ama. Es triste que esto sea así. No hay más que un sentimiento pasajero, calor fugitivo que se trasvasa de un corazón á otro, sin residir á un tiempo en los dos...

—No sé á qué viene ahora esa llorera—dijo él con dureza.

—De algún modo se ha de desahogar una—contestó ella con apagado acento...

En esto, sonaron dos golpecitos á la puerta de la alcoba, como si alguien demandase la venia para entrar. Carmen, embebecida en su congoja, no se movió.

—Ten la bondad de abrir—le dijo urbanamente José Luis. Ella obedeció como quien ejecuta una acción en sueños. Una anciana asomó por el umbral.

—Han traído esto para el señorito—dijo entregando un sobre voluminoso á Carmen...

—Trae acá, que son pruebas de imprenta.—Alejóse la anciana, y José Luis rompió el sobre escrito.

Carmen no pudo excusar su curiosidad y miró los papeles impresos. El olor de la tinta de imprenta le agradaba.

—Es un cuento que te gustará—dijo él con naturalidad.

Ella requirió las hojas impresas, largas tiras

de papel, todavía rezumantes. El título del cuento le chocó: «Lo Pasado». ¿Qué podrá ser? A medida que iba leyendo crecía su emoción. José Luis no vacilaba en difundir públicamente la recatada historia de sus amores, sin omisión de ternuras íntimas, ni de incidentes menudos, de esos que suelen ser la alegría de las relaciones clandestinas. Todo su cariño, la inmolación de su nombre y de su tranquilidad, no habían servido en definitiva más que para que un literato, un ser sin entrañas, escribiese unas páginas. Al rematar la lectura del cuento, Carmen tuvo la explicación de la agresividad de José Luis. El final de la novelita, era el final de su amor.

Su orgullo herido, su ternura hollada, su vida hecha pedazos, no acobardaron, sin embargo, á la dama. Serena en apariencia, sin formular una queja y como quien cede á la fatalidad de lo inexorable, adelantóse hacia su amante, le miró un momento en los ojos, y tomando la cabeza de José Luis entre sus manos, le besó en la boca. Fué un beso suave, limpio de voluptuosidad, casto y amoroso. Fué el último. Al salir Carmen, José Luis musitaba entristecido la rima de Shelley—*Kiss me my love for the last time.*

DOS HERMANOS

A José de Roure.



DOS HERMANOS

JUAN no embarcó en la trainera aquel día. Su primo Agustín, que andaba por aquella fecha sin acomodo, prestóse á reemplazarle en la faena, á condición de usufructuar la parte de Juan en lo que rindiera la pesca, mientras el mozo estuviese ausente de á bordo. Y así se convino.

Nadie quiso ver en aquella inopinada huelga un pretexto de la flojedad de Juan, ni él pensó en excusar su falta alegando quebrantos de salud. Su brío tenía el crédito de cinco años de trabajo duro y constante, y sus músculos la

templada firmeza que da una vida de sobriedad.

Entre Juan y el patrón de la lancha no mediaron más explicaciones que las precisas para allanar su temporal sustitución. Convínose en que embarcaría Agustín en su puesto, y luego de concertado el acuerdo, con el asentimiento del reemplazante, ni Juan añadió una palabra que dejase traslucir los motivos que le retenían en tierra, ni el viejo azuzó la curiosidad por conocerlos.

En los marineros, la discreción es virtud hereditaria. Es gente callada y humilde, sana del pujo verboso que estimula el sol en los meridionales. El vivir en el mar les habitúa al recogimiento, como si la murria taciturna de las aguas oceánicas matase en ellos todo venero de sociabilidad.

Juan vió zarpar las traineras, siguiéndolas con la mirada hasta que hubieron traspuesto el umbral del horizonte. Influído de la sorpresa que le causaba el quedarse en tierra, permaneció unos minutos confuso sin saber qué hacer ni qué empleo dar á las horas matinales. ¿Por qué no había embarcado? ¿Qué significaba aquella alteración de una costumbre iniciada en los años tempraneros? Juan no atinó con una respuesta satisfactoria, ni supuso que aque-

llo pudiera cambiar la orientación de su vida. Sabía que el ayuntamiento del pueblo acababa de reclamarle para el servicio militar, y sabía también que el Estado, previsor, suele destinar á los mozos de la costa á la armada, sin otra mira que la de utilizar sus aptitudes marineras. Ello no le inquietaba, porque conocía el propósito de redimirle con metálico, que alentaban sus parientes. Sus recelos no procedían de allí. Un rumor esparcido en el pueblo les diera nacimiento.

Juan andaba en amores con una moza de garrida hermosura. Ninguna muchacha del barrio de Arránegui podía competir con ella por el palmito. Alta y airosa, de rostro blanquísimo, que el aliento del Cantábrico no había logrado atezar, mantenía vivo el hechizo de una infancia perpetua. Era la expresión de sus ojos, oscuros, desmayada y serena como una puesta de sol.

Se querían con honesto amor aldeano, amor que tiene la robustez inalterable de la tierra y su ingenua fertilidad. No hablaban de casarse, porque los negocios de Juan producían poco. También se dan cosechas en el mar, y suele haber temporadas larguísimas de infructuoso ajetreo para los pescadores. En tanto que Juan no

lograse, acumulando ahorros, la comparticipación de una lancha, á más de su partija en la pesca, pensar en el casorio equivalía á proponerse un viaje á las nubes.

Juan tenía un hermano piloto, que acababa de regresar de Filipinas con abundante pacotilla de pesos en la cartera. Hubo un instante en que el pescador imaginó que podría contar con la ayuda de su hermano.

El importe de los dijes que tenía Antolín en los dedos y en el chaleco, hubiera colmado las aspiraciones de Juan.

Una indicación velada de un amigo, hizo sospechar al pescador que el regreso del indiano á Lequeitio pudiera tener una influencia negativa en su vida, pues se le atribuía el intento disimulado de ganarse la voluntad de Casilda, la novia de su hermano.

Le sobraban tiempo y dinero, y mientras que Juan dolíase, mar adentro, de las obligadas ausencias que le impusiera su oficio, Antolín se metía en la taberna de los padres de Casilda, y allí se le iban las horas jugando y bebiendo con los patronos de los pataches fondeados en el puerto.

El rumor de que los dos hermanos competían por una mujer, se extendió en el pueblo,

hostigando el afán chismorrero de la gente. Los mozos de la cofradía de mareantes no dudaban de que Casilda se casase con Juan. Las mujeres habían tomado, sin aparente malevolencia, el partido de Antolín, y hasta se aventuraban á fijar la fecha de la boda y los destinos de los dos hermanos.

Aunque no muy sagaz, Juan dióse cuenta de todo, sin mostrarse contrariado. La solapada hostilidad de su hermano, si no alcanzó á inspirarle inquietudes serias, mortificóle un poco. No ignoraba que el indiano podía luchar con ventaja; pero la confianza en Casilda le sostuvo animoso.

—¿Y por qué no me ha dicho nada?—preguntábase, sin embargo, algunas veces. Se propuso indagar la razón de aquella reserva, y ya que se había quedado en tierra para asistir al consejo de familia que iba á decidir de su suerte, redimiéndole ó no del servicio militar, resolvió antes ver á su novia.

Echó á andar por el muelle, contento de verse á poca distancia de la taberna de Casilda. A su derecha, rasando con las casuchas en que viven los marineros, veíanse diversas embarcaciones, quillas al sol, desechadas del uso, y sobre sus agrietados lomos, unas cuantas prendas

de vestir puestas á secar. A pocos pasos de allí, una mujer ya entrada en años y con las faldas recogidas, escurría en un balde el agua de una blusa recién lavada. Al pasar Juan, la vieja se volvió:

—¿*Ené seme chúas nos suas Ferrolera?* (1) — preguntó en vascuence.

El mozo contestó ambiguamente. Ni *sí*, *ni* no. Extrañóle el tono de piedad tierna con que la anciana le interrogara; pero se abstuvo de emprender una conversación tirada, de esas que no concluyen nunca. Más adelante tropezó con Bautista, el patrón de un quechamarín que hacía la travesía entre Bilbao y San Sebastián. El viejo, luego de espetarle dos ó tres parvidades en son de queja, por la escasidad de los cargamentos, invitóle á tomar *amaiketako* (2). Accedió Juan, y los dos marinos entraron en la tienda de Casilda. La moza no estaba detrás del mostrador. Esa circunstancia contrarió á Juan. Por no apencar con el desabrimiento de la madre de su novia, despidióse de Bautista pretextando quehaceres, y, sin perder ni un minuto, emprendió la ruta de su casa.

(1) Hijo mío ¿cuándo vas al Ferrol?

(2) La de las once.

En la escalera emparejó con él su tío José Domingo. Juntos subieron al único piso de la morada, y desde la puerta advirtieron rumor descompasado de voces en disputa. José Domingo penetró en la sala donde estaban reunidos los parientes de Juan, incluso su hermano. El pescador, que era corto de carácter y muy callado, prefirió quedarse en la cocina. Muy sereno, como si no se tratase de su porvenir, aguardó á que su familia decidiera si ingresaría ó no en la armada.

Eran cinco personas las que debían contribuir á la redención de Juan. Su hermano Antolín, sus dos tíos carnales, dueños de varias lanchas de altura; un cuñado suyo, confitero, y un primo, ya viejo, á quien se tenía en opinión de rico porque había estado en la Habana. La base de la colecta eran mil reales que facilitaba la Cofradía de Mareantes, para descontárselos á Juan á medida que rindiera la pesca.

La discusión de las aportaciones duró más de tres horas. Todos defendían su dinero con sañuda terquedad. Los tíos lancheros doliéronse del mal tiempo, de lo poco que daban de sí las traineras y de los gastos que ocasionaba la reparación de las embarcaciones. Hablaban todos con estudiada lentitud, temerosos de

comprometer su bolsillo, y procurando sondar los propósitos de los demás aportantes.

El confitero quejóse de que para la procesión del Corpus se hubiera surtido de cera todo el pueblo en la confitería de la hermana del párroco, y en esa preterición hizo hincapié con el fin de escatimar lo posible su donativo.

El indiano expresóse con franqueza. Concretó lo que pensaba dar—cuarenta duros — y antes de levantarse procuró halagar la vanidad de Antolín, hurgándole de pasada en el amor propio, con la mira de que completase la suma.

Las frases del anciano dieron pábulo á una lucha de intereses en aquella familia. Se recordaban unos á otros maliciosamente con palabras de doble sentido y silencios subrayados, tal ó cual negocio fructífero, ésta ó aquella empresa afortunada, todo, en fin, lo que hubiese procurado á cada uno un adarme de utilidad.

De cuándo en cuándo alcanzaban las voces agresiva altisonancia, y entonces asomábase Juan al pasillo, pronto á reprimir la menor disputa agria que por su causa se suscitara.

Al cabo de tres horas de acaloradas querellas, había en fondo cuatro mil reales, sin contar con lo que aportaría Antolín, de quien

todos aguardaban un rasgo que acreditase al indiano.

—Vamos—le dijo su tío José Domingo limpiándose el sudor—ahora te toca á tí...

Juan, que desde el pasillo procuraba enterarse del curso de las cosas, aguzó su atención.

Su primo el confitero, salió á decirle que podía considerarse salvo de quintas, pues nadie dudaba de que Antolín pusiera lo que faltaba para la totalidad de los seis mil reales.

—...Pues, yo—dijo Antolín con voz entera—no puedo, con harto sentimiento, dar nada...

La afirmación cayó como aerolito.

Todos se miraban con extrañeza, y no faltó alguien—el indiano viejo—que atribuyese la salida de Antolín al deseo de chancearse antes de soltar la mosca...

—¿Quedamos—exclamó su tío—en que tú pones lo que falta?...

—He dicho que ni un peso—articuló casi colérico el piloto—y no hay por qué insistir...

Al bajar á la calle, Juan tropezó en la escalera con su hermano. No cambiaron la menor palabra. Desde el zaguán vieron á lo lejos una muchacha de airoso busto, apoyada de pechos en el balcón. Los miraba y sonreía... ¿A quién?

En viaje.

—

A Ricardo Blasco.





EN VIAJE

—

El tren se detuvo el tiempo reglamentario en el Escorial: minutos. Subieron á compartir el departamento en que iban Mercedes y sus hijos, un fraile agustino, que se acomodó sosegadamente en un rincón, dos señoras que antes de sentarse distribuyeron balijas y cestas por aquí y por allá, y un caballero muy arrebujado en su manta de viaje, el cual apenas se vió dentro dejóse caer en el diván, sin disimular un gesto de cansancio.

El fraile que le observaba recogerse en su manta, sospechó que tenía por vecino un enfermo.

—Si le molesta á usted el aire de la noche, cerraré—díjole con deferencia, tomando el asidero del cristal...

—No, señor, no. Al contrario; en un espacio reducido me ahogo. Muchas gracias de todos modos...

La voz del viajero, grave y desfallecida, despertó á Mercedes que dormitaba en otro rincón del coche.

A su lado y hombro con hombro, dormían sus hijos: una niña rubia como de tres años de edad, y un varoncito mayor que su hermana. El chiquillo hubiera sido guapo á no afearle dos orejas enormes, dos monstruosas orejas que adheridas al rostro de una criatura alejaban toda idea de ridículo, inspirando más compasión que ganas de reir.

Desazonada por la voz del viajero enfermo, Mercedes no logró conciliar de nuevo el sueño. Se desperezaba su pensamiento en la quietud de las cosas exteriores, disponiéndose al arduo trabajo del recuerdo. No poseía otro indicio que el timbre de aquella voz, y su curiosidad en acecho rastreaba datos, fechas, nombres y circunstancias de su propia vida, como si la reconstrucción mental de lo pasado debiera procurarle lo que buscaba. La primera

vez que miró soslayadamente al viajero, sólo acertó á distinguir sus ojos en la penumbra del coche; unos ojos negros, grandes, que lucían con el brillo de la calentura. Lo demás de su persona borrábase en el fondo del vagón.

En Valladolid bajaron las dos señoras, y el agustino se apeó en Medina. Iba la noche de vencida. Mercedes imaginó que la claridad del amanecer llegaba á la tierra con estudiado retraso, como si el cielo gozase en prolongar su inquietud. Por distraer su impaciencia asomóse á la ventanilla, y el aire clemente de los campos castellanos le trajo un alivio, breve tregua para su zozobra.

Proseguía su pensamiento en la tenaz exploración de lo lejano, y entretanto el día llegaba. Un amanecer campesino, sereno, alegre, cándido, como nos figuramos los primeros días de la creación. Volvióse Mercedes recordando que el traqueteo del tren no la permitiría oir si se quejaran sus hijos, y al tiempo de volverse, su mirada afrontó la del viajero.

Ninguno de entrambos se cuidó de disimular su estupor. Ella, sentada, seguía escrutándole con embargada sorpresa. El, púsose rápidamente en pie, dejó resbalar la manta que le

cubría los hombros y se adelantó á saludarla.

—La he reconocido á usted al momento—díjole trémulo de emoción. Y le alargaba la diestra, que Mercedes estrechó cohibida.

—Y yo también á usted á pesar de lo mudado que le noto. ¿Está usted enfermo acaso?—preguntóle con ingenua solicitud.

Hubo un silencio, que Mercedes no se atrevió á quebrantar. El viajero se había sentado enfrente de ella y la miraba con infinita ternura, como se mira á las cosas queridas que nos han pertenecido.

—Me pregunta usted si estoy enfermo—repuso al cabo de un rato—y francamente hablando, le diré que no. Es un poco de debilidad que viene de la falta de apetito...

—Y de la mala vida—interrumpió ella con jovialidad.

—Puede que tenga usted razón—se apresuró á contestar él sin añadir palabra que tendiese á excusarle.—De todos modos, me curaré pronto. A mi edad se recobran las fuerzas fácilmente...

—Y ahora, ¿va usted á San Sebastián?—interrogó Mercedes interesada en que no rodase la conversación por el cauce de las intimidades...

—Eso pensaba, pero los médicos me han impuesto otro viaje. Dicen que el clima de Panticosa es hoy por hoy el mejor tónico para mí. Y como estoy resuelto á ponerme bueno del todo, los obedezco.

Mientras él hablaba, hacía Mercedes un cotejo mental entre el Antonio Soria que ella había conocido y amado en otro tiempo, y aquel pobre enfermo que con tanto brío expresaba su fe en la curación. ¡Qué mudanzas! De la juventud osada, de la impetuosa vehemencia, del calor generoso que fecundiza los grandes amores, no quedaba sino aquello: un ser enteco que pasea entre Niza y Panticosa su ciega obstinación por vivir.

Y le parecía mentira que á la vuelta de ocho años de separación, hubiere dispuesto el azar aquel inopinado encuentro.

—Excúseme usted, Mercedes, si no la he preguntado antes por su esposo. ¿Está bueno?

—A reunirme con él voy. Se fué la semana pasada á Algorta. Hemos tomado allí unas habitaciones en alquiler con objeto de pasar todo el verano. Yo me quedé con los niños y una sirviente que viene en otro coche.

Soria se fijó en las dos criaturas, que aún dormían, enteramente acostadas ya, á lo largo

del diván. La niña le pareció una monería. El tipo del chiquillo sugirióle una reflexión amarga. ¿Cómo podía ser hijo de Mercedes? Aquellas orejas descomunales le hicieron pensar que la naturaleza no tiene maldito interés en que se perpetue la hermosura. Con que la especie viva le basta. El amor más exaltado y más profundo no es una garantía de la descendencia, y de un hombre y una mujer que se amen con locura puede originarse un ser deforme, sustancia extraña al sentimiento que fundió las almas de sus padres.

Esa consideración le entristeció. Por halagar á Mercedes, besó á los niños, cuidando de no despertarles, y en tanto que sus labios pagaban una deuda de amistoso afecto, una idea venía á su inteligencia. Y era que si los hijos procediesen del amor espiritual, él hubiera tenido de aquella mujer una prole numerosísima.

—Si estuviese en nuestra mano el vivir dos veces la misma vida—exclamó Soria con visible emoción—yo firmaría un contrato para no separarme de usted.

Ella sonrió con aire de incredulidad. No se le ocultaba que en aquel momento era Soria sincero; pero las circunstancias aconsejaban no tomar por lo serio sus palabras.

—Haría usted mal—dijo en son de broma, —porque yo carezco de condiciones para hacerle á usted feliz. Nuestros caracteres son encontrados. Usted es un errabundo, la inconstancia andando, y yo muy estacionaria, muy casera...

En interno monólogo del alma, renovaba Soria las etapas de la mocedad feliz. El amor de los veinticinco años, férvido y generoso, con viva entraña sentimental é ingenuos deseos de juntarse en intimidad solitaria, anhelo irrefrenable de eternizar en otros seres la común aspiración amorosa.

Pensaba que el destino de un hombre está sometido á ciegas influencias, independientes de su voluntad, como la vida y la floración de los vegetales pende de las oscilaciones de la temperatura.

Cierto que Mercedes le había querido. No era menos verdad que él, fácil al engreimiento vanidoso, la había humillado delante de una mala hembra, quebrantando de un modo tácito el convenio matrimonial. ¿Pero tuvo él la culpa? ¿En qué medida fué responsable de que las cosas ocurriesen como sucedieron?...

—Yo me acostumbro á todo. La prueba está en que desde hace un año llevo vida de

hombre metódico. ¡Calcule usted qué no haría viviendo á su lado!...

Mercedes no supo qué decir. El sesgo de la conversación empezaba á contrariarla. Hizo una de esas muecas ambiguas con que las mujeres afirman y niegan á un tiempo, y permaneció callada. Una circunstancia vino en su ayuda. La niña despertó, y como pidiera agua, su madre apresuróse á complacerla. Soria, encariñado con la chiquilla, no cesaba de hacerla preguntas y mimos. Sentada sobre las rodillas de Mercedes, la nena susurraba monosílabos, sin dignarse mirar al antiguo novio de su madre.

Avanzaba el tiempo aproximando el término del viaje. Una doble hilera de frondosos álamos que escoltaba al tren hacía ya largo rato, dió indicio á los viajeros de que estaban cerca de Miranda. Soria, asomado á la ventanilla, pensó involuntariamente en la separación. ¿Sería definitiva? Su mirada, espaciándose á la casualidad, se detuvo en un gran cerro peñascoso, conglomeración de rocas peladas y estériles que aparecía sobre una de las márgenes del camino, distante una legua de la vía. El sol matinal no se desdeñaba, sin embargo, de besar aquellas cumbres ásperas que invitan á una vida de penitencia...

En Miranda se despidieron más emocionados que nunca. Mercedes limitóse á los urbanos ofrecimientos de uso. Soria, excediéndola en sinceridad y efusión, puso en aquel saludo, que acaso fuese definitivo, toda su vida. Los niños, de pie en el andén, presenciaban la escena sin hostilidad. Antes de que arrancase el tren, Soria se aproximó nuevamente al coche para renovar su despedida, y los hijos de Mercedes, más generosos que su madre, le besaron.

...Cuando el tren se puso en marcha, llevándose con aquella mujer los últimos reflejos de la juventud de Soria, éste advirtió que el sol había dejado de acariciar la cumbre áspera del lejano cerro. Y aquel temporal oscurecer tomó á sus ojos una significación extraña, como si el cielo y la tierra le despidiesen con un adiós inexorable.

HUMILDE TIERRA

—

A José Ortega Munilla.



HUMILDE TIERRA

—

Mari-Jesús apeóse juntamente con los demás viajeros de un coche de tercera clase en la estación del Norte. Venía transida de frío y no le acompañaban más arreos de repuesto que una muda de ropa blanca, envuelta en un pañolón multicolor. Anduvo algunos pasos con agilidad que desdecía de su vejez, y como viese una hilera de bancos pegados al muro del andén, se apresuró á sentarse, persuadida de que alguien debía guiarla á donde estaba su hija.

Allí permaneció durante diez minutos, con

su lío de ropa sobre las rodillas, mirando cómo los mozos descargaban con descuidada prontitud baules y maletas, que eran inmediatamente trasladados en carretillas de mano á la sala de equipajes. Hacía ya tiempo que todos los recién llegados desalojaron el andén cuando un hombre, luciendo galones de oro en la gorra, se acercó á Mari-Jesús. La vieja, recelando que fuese aquel señor quien la encaminara al encuentro de su hija, sonrió complacida.

El hombre se limitó á preguntar con urbana sequedad:

—¿Es de usted algo de eso, señora?—y señalaba con la diestra unos cuantos baules desperdigados en el andén.

Ella, en vez de contestar, sonrió de nuevo, expresando en el semblante cándida jovialidad. Luego, como el empleado insistiera en términos más rudos, Mari-Jesús salió del paseo diciendo:

—*Jaunac, estaki castillano.*

(Señor, no entiendo el castellano.)

Y miró con humilde encogimiento al funcionario. El hombre, perplejo un instante, inclinó la cabeza sin saber qué partido tomar. El aspecto de la anciana, su infantil desgaire y sobre todo la franca mirada de sus ojuelos azules,

eran para él indicios seguros de que se las había con una pobre mujer. Dulcificando el tono y con la ayuda de ademanes indicadores, pretendió convencer á la atónita Mari-Jesús de que no podía continuar allí, porque lo vedaba el reglamento, y de que un coche cualquiera la conduciría sin dificultad al paraje de su destino.

Hecho aquel extraordinario gasto de elocuencia, que de fijo no hallaría retribución en la nómina mensual, dispúsose el empleado á acompañar á la viajera hasta la puerta. Mari-Jesús, de pie y sin desembarazarse de su endeble carga, que conservaba entre las manos, no hizo ningún movimiento por condescender á la cortés invitación. Parecía, al contrario, resuelta á no moverse de allí, si no se le aseguraba de antemano el hallazgo de su hija. Eso dió á entender en un idioma que el empleado no comprendía.

El hombre, disimulando la impaciencia que empezaba á embargarle, estuvo atento al parlar de la anciana, atisbando una palabra que le pusiera sobre la pista de la verdad. Mari-Jesús, entre tanto, se aliviaba de penas refiriendo el caso. Su hija Petrachu vivía con ella en la aldea, lavando la ropa del señorío bilbaíno y vendiendo hortalizas. La chica, si se acepta el

recusable testimonio de su madre, era muy guapa. Alta, morena, de soberbias hechuras, con gran disposición para el trabajo, y muy temerosa de Dios.

Mari-Jesús la describía con diminutivos gráficos y pintorescos, en que se derramaba la ternura aldeana. El verano último había llegado al villorrio un señorito castellano—maqueto, según ella—á convalecer de una enfermedad, y se prendó de Petra. Era guapo, de airoso porte, cenceño y con los bigotes fanfarriosamente arqueados. La vieja acentuaba con el gesto el detalle de los bigotes, atribuyéndole á la cuenta, imponderable eficacia para la seducción femenina. Las mañanas y las tardes íbansele al madrileño en el caserío aspirando el vaho bienhechor del establo y sentado bajo los florecientes parrales. La chica y él se querían á la buena de Dios y sin sorpresa de la madre, que no encontraba en ello nada reprensible. A Petrachu le envidiaban el novio en el contorno, y si las mozas descubrían sus celos con insidias de palabra, los aldeanos daban á entender su hostilidad con desatenciones y bromas de perverso gusto. Así es que cuando se supo en la aldea la fuga convenida de los dos amantes, la crueldad unánime eligió por víctima á la desolada vieja.

Mari-Jesús no venía—según confesión propia—á Madrid porque le acosara la vergüenza de verse traida en lenguas, no; la nostalgia de la compañía filial llegó á infundirle tristezas tan hondas, que si no se resuelven por una enfermedad, hubieran trastornado el juicio de la aldeana. Su salud se quebrantó, poniéndola á dos dedos de la muerte, y en cuanto Dios quiso que se restableciera, hizo voto de rescatar á la hija descarriada y de llevársela consigo al caserío.

La avizorada curiosidad del empleado que oía aquel relato en vascuence, no logró recompensa. El hombre apenas si pudo colegir de la emoción que á ratos embargaba á la anciana y de las lágrimas con que remató su historia, que á la buena mujer le ocurría algo muy grave. Extraño del dolor de Mari-Jesús, ya que él no estaba en condiciones de justipreciar una pena oscuramente revelada, é incapaz por otro lado de interesarse en desgracias ajenas, no halló más modo de poner término á la situación que el guiar á la mujer hasta la puerta, donde la dejó, prometiéndola que volvería.

Mari-Jesús permaneció allí cosa de una hora, retenida por la esperanza de que el señor de los galones la acompañase. En vista de que él no venía, la vieja echó á andar por la cuesta de

San Vicente arriba, internándose en la población. Iba á paso lento, como quien implora al tiempo un consejo que le saque de sus dolientes afanes. Al llegar á la plaza de San Marcial miró á uno y otro lado con medrosa indecisión. El día claro y alegre se desperezaba al sol. El frío seco, tonificador de las energías desmayadas, difundía en el aire estímulos de trabajo. Mari-Jesús reparó que todo el mundo marchaba deprisa, y que hasta los carros y coches desplegaban su máxima velocidad.

En la duda, tiró hàcia la derecha, pues, por aquella parte descubríase una extensa zona de árboles que renovaban sus hojas, y como al poner el pie en la Plaza de Oriente oyese el tañer de una campana llamando á misa, al templo se encaminó guiada por la dirección de los sonidos. En la puerta, dos ó tres chiquillos vagabundos se le acercaron con el pretexto de mendigar, pero, como ella no carecía de entereza para rechazarlos, vióse pronto libre de sus plañideras demandas. Refugiada en el interior de la iglesia, el consuelo de verse allí dilató su alma. Y lloró. Lloró entreverando las lágrimas con los rezos, asediada por el recuerdo vivo de la hija perdida, de la inolvidable criatura que acaso no volviese á ver.

Recapitulando los incidentes que precedieron á la fuga de Petrachu, reconveníase por ciertas condescendencias maternales que el Señor no pudo menos de castigar, porque acreditaban el orgulloso deseo de ver á la chica esposa de un hombre que no era de su clase. La certidumbre de que había incurrido en una culpabilidad tremenda por el hecho de autorizar aquellas relaciones, indújole á imponerse una penitencia rezada, infalible medio de aplacar la cólera divina. Dejó, pues, el lío de ropa sobre un banco, junto á un confesonario, y se puso á recorrer los altares en vía crucis, postrada de rodillas con fervoroso recogimiento. Aquella efusión de piedad prolongóse más de una hora, y al volver la anciana á su sitio advirtió que el envoltorio de ropa había desaparecido.

Una señora, que la miraba escudriñar debajo de los bancos, instóle á quejarse en la sacristía, y allá se encaminó Mari-Jesús á formular su protesta. El cura que acababa de oficiar despojábase en aquel momento de sus rituales vestiduras, y no lejos de él un monaguillo de adocenado aspecto, limpiaba un incensario con una gamuza.

Mari-Jesús, así que hubo expuesto el motivo

de su queja, salió más apenada que antes, y sin que nadie acertase á descifrar sus engarabitadas razones.

Una de las cosas que con mayor ahinco le extrañaron, fué el ver que nadie conocía el vascuence en Madrid. Ya en la calle, sus deseos, emancipándose de la preocupación de lo perdido, convergieron otra vez á un fin único: el hallar á su hija. Hostigada por aquel afán, recorrió á la ventura media población, deteniéndose en las tiendas y confrontando semblantes de mujeres, siempre con la esperanza de encontrar lo que buscaba. Sus pesquisas no dieron fruto. Al mediar la tarde, como notase desfallecimiento físico, entróse en una tienda de vinos.

El dependiente la miró con agresiva desconfianza, sospechando que se trataba de una mendiga. Ella, señalando los variados condumios que se ofrecían en el escaparate, pidió de comer. Entre tanto quiso informarse de los parroquianos que á la sazón bebían en la taberna, sobre el paradero de Petrachu, y les refirió la misma historia, sin omitir pormenor. Esta vez insistía con más terquedad en la enunciación de determinadas circunstancias personales de su hija, á fin de que alguno de los que la escu-

chaban concluyera por guiarla sobre seguro. Les refirió todo; el amor del señorito madrileño, su tipo y calidad social, sin olvidar el detalle del bigote, la dicha de la hija en el cariño compartido, el contento de la madre, la fuga de los enamorados, y el propio abandono entre las venenosas hostilidades de la aldea.

Los bebedores se reían descompasadamente Uno de ellos, presumiendo de sagaz, descubrió en el vascuence resabios filológicos del idioma que debieron hablar los perros, y otro de los parroquianos, que no le cedía en ingenio, propuso á los demás el plan de emborrachar á la anciana. El dueño de la tienda, más humano ó menos cruel, divergió de aquel disparatado propósito.

—La daremos una de triple—dijo uno de ellos ofreciendo una copa á Mari-Jesús.

La anciana, por granjearse simpatías, bebió. Imaginaba que, al cabo de cuentas, alguno de aquellos señores concluiría por revelarle el paradero de Petrachu. Seguía con aguzada atención la charla de los bebedores, espiando sus gestos, ya que las palabras no hubieran podido facilitarle ningún indicio salvador.

Sus esperanzas viéronse nuevamente frustradas. Uno tras otro, y á veces en parejas,

marcháronse los parroquianos de la tienda, y aunque no cesó el ir y venir de la gente, ninguno de los que aportaron por la taberna se interesó por Mari-Jesús.

Iba la tarde de avanzada cuando abandonó el establecimiento. Una ráfaga de aire frío hizo tiritar á la vieja, que emprendió la marcha calle arriba, buscando los barrios del centro. Opresora melancolía se dibujaba en su semblante. Creyóse muy lejos de la aldea, en un país quimérico, habitado por salvajes. El tenaz silencio de todo el mundo y la regocijada indiferencia con que la escuchaban, encendieron en su espíritu el temor, que mata la confianza en los demás.

Tuvo el presentimiento de que su peregrinación sería inútil si estaba de Dios que no volviese á ver á su hija.

La esperanza y la energía iban menguando á compás en su alma. El ruidoso transitar de la gente, el vocerío de los pregoneros mercantiles y el estrépito de los coches que por la mañana despertaron su ingenua curiosidad, la asustaban al anochecer. La propensión al ensueño retrospectivo que caracteriza á los viejos, condújola como de la mano á la aldea vasca, al humilde caserío en que vivieran ella y su hija

en candorosa quietud espiritual. Aquella visión redobló el desconsuelo de Mari-Jesús, que ya se creía sola y abandonada de todos. Rumor de música la distrajo por el momento. Un organillo callejero esparcía las notas alegres de una polca en la clemencia de la tarde, y era aquella música como una tregua de regocijo entre los dolores de la vagabunda multitud. La postrera esperanza de hallar á Petra allí donde barruntaba que la gente se divertía, estimuló la decaída actividad de la anciana.

Con la prisa que le comunicaba su afán, plantóse en pocos minutos cerca del gárrulo instrumento, y como no viese más que personas desconocidas, reemprendió de nuevo su viaje. ¿A dónde? Ni ella lo sabía. Alimentábase su ilusión con todas las embusteras apariencias de la realidad, y en cada rostro sonriente veía un amigo, y en cada calle un punto de partida para sus maternales pesquisas. Andando, andando, concluyó por hallarse en una gran plaza despoblada de gente. Había en el centro una estatua que no alcanzó el honor de que la aldeana la contemplase, y en uno de los ángulos una iglesia de ruinoso exterior. Mari-Jesús pretendió entrar ansiosa de reconfortarse en la paz del templo; pero las puertas estaban

cerradas. Fallida su última esperanza, tomó asiento en la gradería de piedra, aguardando la divina ayuda. Se figuraba, en el colmo de la candidez, que aquel edificio de desconchados muros era la zona neutral entre la tierra y el cielo.

RUINAS

A Guido Paleri.

Ruinas.

Con alteración visible de una costumbre familiar, nadie habló aquella noche de sobremesa. El comer de vigilia mataba la común locuacidad. Ni Blanquita Reyes, ni su hermano Leopoldo, que solían ordinariamente llevar asuntos á la conversación, quebrantaron el silencio que sucedió á la comida. Blanquita, armada de un menudo palillo, exploraba entre sus dientes blancos y sus jugosas encías, poniendo en aquella higiénica operación estudiada minuciosidad. Leopoldo, menos cuidadoso de su dentadura, entregábase al masculino esparcimiento de amasar bolas con residuos de pan.

D. Leandro Reyes, el padre, parecía amodorrarse en su lenta digestión de dispépsico, al paso que Doña Petra posaba los embebecidos ojos en el mantel, como si los dibujos de la tela la dejasen entrever el enigma de su vida futura.

En la placidez digestiva emperezábanse las inteligencias, las lenguas enmudecían, y hasta los ojos propendían á humillarse, vagamente subordinados al sueño.

Un criado que traía en la mano los diarios de la noche, vino á romper aquella atmósfera de quietud.

D. Leandro fué el primero, antes por costumbre que por natural viveza, que pareció animarse.

—Pepe—dijo al fámulo—dame acá *La Correspondencia.*

Calóse el anciano los quevedos, se incorporó en la silla, y su mirada fué á parar sin ociosas dilaciones en la información de Bolsa. Enterado del precio á que se cotizara aquel día el Exterior, frunció el ceño, dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Las manos distraídas de Doña Petra no tardaron en incautarse del ejemplar. Aunque metida en años, estaba la señora libre de miopía. Buscó la sección de cultos, y su pensamiento, acometido de extraños fervo-

res religiosos en la madurez, viajó de iglesia en iglesia, meditando los oficios divinos del día siguiente.

De nuevo cayó el periódico sobre la mesa, y esta vez le tocó á Leopoldo cogerlo. Un turno pacífico establecido tácitamente aseguraba á toda la familia el manjar intelectual de la hoja volandera.

—En Apolo—dijo el mozo entre dientes— *La Chavala, La marcha de Cádiz, El santo de la Isidra*...

Y decidió acudir á la última representación de la noche, por tratarse de un sainete que desconocía.

Nada de la primera y segunda plana de *La Correspondencia* parecía interesar en aquella casa. Abandonaba ya Leopoldo el periódico, relegándolo á la ínfima condición de un residuo más de la comida, cuando lo tomó Blanquita. Como á la descuidada y sin afanes curiosos, registró la primera y segunda plana del diario hasta encontrar los *Ecos del gran mundo*.

—Mamá—exclamó apenas hubo leído unos cuantos renglones—se casa Fernandita Luceño...

—¿Sí?—interpeló con viva curiosidad la anciana.—¿Y con quién?

—Hace mejor boda que su hermana. Con Jenaro Esponda. ¿No recuerdas aquel mozo diplomático que nos fué presentado en casa de la Concha Cármenes? Pues, el mismo...

—¿Y es rico ese muchacho? — tornó á preguntar la dama.

—Dicen que no está mal. Por de pronto, tiene una carrera y de las más lucidas... Fernandita es de una suerte loca desde el colegio...

—Y la merece, aunque no tanto como su pobre hermana—replicó Doña Petra con tierna benevolencia en la voz.— A propósito, ahora que hablamos de Pilar, ¿sabes algo de ella?

—Mamá, tienes que perdonarme mi torpeza. Esta mañana recibí carta suya y nada te he dicho. Ahora verás...

Levantóse ágil y atravesó presurosa el pasillo, volviendo á poco de su alcoba con una carta de rasgado sobrescrito en la mano.

—En vez de darte pormenores de palabra —añadió á tiempo que recobraba su asiento— prefiero leerla. A menos de que tú no te opongas, papá...—Encaróse con el viejo y vió que dormía.

Con la cabeza inclinada sobre el pecho reposaba D. Leandro. Leopoldo, colocado en la alternativa de escuchar confidencias que no le

importaban ó padecer la charla insustancial de sus amigos, optó por lo último, y luego de encapillarse el gabán y el sombrero, se plantó en la calle. La madre y la hija, temerosas de interrumpir el reposo del anciano, recogiéronse en un rincón del comedor. Entró la servidumbre, levantó los manteles, acomodó la vajilla en su sitio, y el sosiego volvió á llenar la habitación. Blanca leía á media voz, una media voz que, á compás de los sentimientos que iba expresando, henchíase de íntima ternura. «Cada hora que transcurre, decíale su amiga de la infancia, su casi hermana Pilar, me trae un dolor nuevo. El tiempo no hace más que transformar las penas, dándoles formas y colores imprevistos. No te ocultaré, porque mis disimulos no rezan contigo, que la causa de todo ha sido y es mi casamiento. ¡Por qué me casé! El egoísmo de mi marido se ha hecho más feroz después de sus victorias sobre mi credulidad. ¡Qué ser miserable es un hombre! No puedes imaginar lo que he sufrido y lo que sufro ahora en esta esclavitud sin amor. Yo creía en mi marido, tú lo sabes mejor que nadie, poniéndole sobre todas las cosas. Tú, que conoces lo que luché contra la intransigencia de mis padres, sabes también el arraigo que tenía mi esperanza matrimonial.

Le amé porque me llenó; sin cálculo, buenamente, honradamente, como se quiere en la infancia; con afición tierna y efusiva. Ni la hostilidad de mis padres, ni la pobreza de él, fueron obstáculo serio para que nos casásemos. Se lo sacrifiqué todo. Mi vida, mi dicha posible, mi tranquilidad, mi posición, todo. A papá le acarreó la muerte mi desobediencia. Podrá eso no ser verdad, pero nadie me lo quita de la cabeza.»

«Hasta la tía Germana, que me quería más que á todos sus hijos, me ha negado contestación á las cartas que la he escrito. ¡Todo sea por Dios! Empiezo á creer que la caridad escasea más de lo que yo suponía. Comprendo que ahora no me tengan cariño; pero me duele ver que me niegan consideración. ¡Se sufre tanto por orgullo! ¿No se te ha ocurrido pensar alguna vez que debemos tener un segundo corazón residencia del orgullo? Este hombre, te hablo de mi marido, está muy por bajo del más humilde obrero. Este hombre no es nadie. Privado de una carrera, lleno de pretensiones literarias sin fundamento, odia á los pobres porque huelen mal y á los ricos porque se acicalan. De trabajar que no le hablen. Él es muy independiente y no se ajusta á la subordinación. En

el primer año de casados, hizo un tomo de versos, que regaló. Luego no ha hecho nada más. Dice que el casamiento mata la inspiración, y me culpa de haberle robado la inmortalidad. Si me quieres bien no te rías de estas cosas. Son muy tristes y duelen mucho. Ahoro estamos gastando los últimos ochavos que me dejó papá. Te advierto que cuando él murió, mi marido no se creyó en el caso de enlutarse. Juega y bebe sin freno. Han retoñado en él sus habitos de bohemia descuidada, y no hay más remedio que resignarse. Os hecho mucho de menos, sobre todo á ti, mi Blanquita, mi hermana entrañable de toda la vida. Ya sé que tu hermano Leopoldo se ha licenciado en medicina. Felicítale en mi nombre. A tu mamá un millón de besos. Lo que quieras para tu padre.

Escríbeme cartas largas. Tu hermana.

Pilar.»

....

En un ángulo del comedor las dos mujeres lloraban en silencio. D. Leandro, retrepado en su sillón directorial, roncaba pacíficamente...

EL UNIGÉNITO

A JUAN ZULUETA.

EL UNIGÉNITO

—

Un hijo, vástago tardío de la sazón matrimonial, vino á turbar la concordia en que vivían D. Fernando Bonaire y su esposa. El nacimiento del chiquillo fué una sorpresa para su madre, que ya empezaba á resignarse, al cabo de ocho años de esterilidad, á no tener prole que le sucediera.

Durante la convalecencia de doña Rosario, que fué larga, solía Bonaire decir á su mujer: «Este niño, que no ha querido venir al mundo hasta que le asegurásemos con ocho años de amor conyugal, que podía contar con nosotros,

se me antoja demasiado escamón. Sus desconfianzas encubren egoismo, y aun estoy por decirte que mala índole...»

La madre, embargada de la dicha que aquel suceso la trajera, limitábase á contestar:

—Fernando, no blasfemes. Si el niño no ha nacido hasta ahora, es que Dias lo tenía dispuesto de ese modo. Los hijos son un premio del cielo, y no se dan sino sobre largos merecimientos.

—No me contraría tu respuesta. Eso me prueba que Dios ha medido fielmente el cariño que te tengo. Se me figura, sin embargo, que el premio ha venido con algún retraso. ¿No te parece?

—Atente á lo que dice el pueblo. Nunca es tarde si la dicha es cierta. Y después de todo—agregó la señora en tono de reproche—¿qué vas ganando con rebelarte? Las cosas vienen á su tiempo, y si el niño ha nacido ahora, es que la gloria de Dios lo pedía así...

Sin ser ateo, ni haberse metido nunca á sondar en el dogma, era D. Fernando Bonaire hombre poco celoso del prestigio providencial. Reverenciaba á Dios en las ocasiones que la Iglesia ha establecido, los domingos y fiestas de guardar, en la Cuaresma y durante las épocas

calamitosas. Su señora, que era todo piedad cristiana, solía echarle en cara aquellas intermitencias en el fervor religioso, y hasta se alargaba á motejarle de hipócrita rutinero, esclavo de la costumbre. A esto callaba el doctor, enemigo de disputas, y menos cuando versaban sobre puntos de fe y era el adversario mujer. Si su consorte se excedía en la vehemencia, tomaba D. Fernando su sombrero y se plantaba en la calle.

Cuando el pequeño hubo alcanzado la edad adecuada para recibir las primicias de la educación, suscitáronse muy serios conflictos en el matrimonio. Su padre quería, naturalmente, acaparar las funciones de director intelectual del niño y señalarle pautas que le guiaran con provecho. Leyó á este fin el doctor cuanto se ha escrito hasta la fecha sobre extremos de educación, y luego de enterarse de los sistemas docentes que recomiendan Froebel, Pestalozzi, monseñor Dupanloup y otros sabios, optó por someter á su hijo al régimen spenceriano, que recomienda el desarrollo de los músculos, á la par que se cultiva la inteligencia.

Su madre, asediada de la misma preocupación, disputaba con su marido para lograr que éste le confiase enteramente el cuidado del

niño. Escéptica doña Rosario respecto de las ventajas que trae la cultura científica, resolvió prevenir á su hijo contra las asechanzas del materialismo, y guiada de ese propósito, consultó con su confesor sobre lo que convendría hacer del pequeño.

Resultado de aquella gestión, fué que doña Rosario pensase en los padres escolapios primero y en los jesuítas después, para trasferirles de un modo expreso toda su maternal autoridad cerca de su hijo.

—¿Has resuelto acaso que el chiquillo entre en candidatura de santo?—preguntaba con aspereza D. Fernando.

—He resuelto lo que mejor conviene á la gloria de Dios. A los niños les hace falta un freno, y si mi hijo se había de criar hecho un pillete en la calle, más le valiera no haber nacido.

—¡Pero qué prisa te das en sacar las cosas de quicio, mujer!—replicaba el doctor.—Yo no he sostenido nunca que se deba prescindir de ese freno. Lo que dije, y me afirmo en lo dicho, es que me siento con fuerzas para educar á mi hijo cristianamente. ¿Quieres que separemos las jurisdicciones? Pues bien. Deja que yo ensaye en nuestro hijo el procedimiento de edu-

cación que aconseja ese sabio inglés de que te he hablado, y encárgate tú de sembrar en su alma la doctrina de Cristo, que ha sido siempre la nuestra. Yo no veo incompatibilidad entre lo uno y lo otro.

Doña Rosario, terca en su acuerdo, no se dió á partido. Tanto se exacerbó la disputa una vez, que la señora concluyó por recusar á su marido como autoridad para decidir en materias de educación.

—El zapatero á sus zapatos, y el médico á sus enfermos—dijo amostazada.

Y punto concluído, porque el doctor guardóse de replicar.

El niño, dócil y callado, permanecía indiferente á las disputas de sus padres. Por las trazas, el que le sometiesen al plan de Spencer, ó que le destinaran como interno á un colegio religioso, le interesaba en el mismo grado.

II

—Ahí tienes lo que me escribe el padre rector—dijo D. Fernando á su esposa, dejando una carta sobre la mesilla del gabinete.

Estaba la señora muy ocupada en disponer una combinación de retales, de la que debía resultar una colcha pintoresca, y así que vió la carta, apresuróse á suspender la tarea.

—Léemela tú, anda; ya sabes que sin las gafas no distingo palotada.

Leyó el doctor los párrafos sustanciales, que venían á decir en concreto:

«El niño no adelanta, es perezoso de memoria, muy holgazán y tiene el genio áspero. Lleva perdidos tres años, y á ese paso le llegará el grado de bachiller con las canas. Se hace todo lo posible por reducirle al buen camino, pero él se obstina en lo contrario. El mes pasado estuvo en el cuarto de corrección por diferentes raterías que denunciaron sus compañeros de clase, y hoy ha sido menester reprenderle. ¿Sabe usted por qué? Pues porque hemos puesto en claro que ha sido él quien ha dado muerte á los pichones que teníamos en la huer-

ta. Ese síntoma de crueldad me ha entristecido mucho.»

—¡Aquel hijo mío! ¡Aquel hijo mío!—interrumpía la madre con la voz velada...

Don Fernando, implacable, continuaba leyendo.

«Me temo que este niño se nos tuerza. Luego es tan reservado, que ni se rebela ni cede ostensiblemente. No se sabe nunca lo que piensa. He creído prudente comunicarle á usted, que es su padre, cuanto llevo escrito, á fin de que le reprendan y se enmiende.»

—¿A quién sale ese hijo, Fernando?—preguntó doña Rosario con desolado acento.

El padre, taciturno, callaba. Por la primera vez en su vida atrevíase el atribulado doctor á protestar de las perfidias de la naturaleza, sorda á los anhelos maternales, impasible en su gestación rutinaria, y se preguntaba, en su afán de escudriñar lo futuro, cuál podría ser la suerte de aquella criatura, fruto del amor y educada cristianamente..

Su esposa, entretanto, no cesaba de repetir en voz baja, monologando desesperadamente:

—¡Es un castigo! ¡Ese hijo es un castigo!...

ALMAS CRUELES

—

A Ricardo J. Catarineu.



ALMAS CRUELES

—

Desdeñoso de los rigores de la ventisca, avanzaba Suárez Martín carretera adelante en la dirección de la aldea. Sus pies, calzados de recias botas, iban dejando huella en la nieve, y lo que antes era un ampo, transformábase en menudos baches de vidrioso légamo. Vestía los arreos del cazador: traje de pana, boina al estilo vasco, cinturón con arsenal de cartuchos, escopeta de dos cañones terciada á la bandolera, y morral de red. A su lado, un perro de casta indefinible á primera vista, pues no era perdiguero ni lanudo, ni de ninguna de las variedades corrientes, marchaba

con vivo contoneo de ancas, como si le urgiese llegar al pueblo antes que su amo.

Suárez Martín parecía distraído. El rostro moreno, limpio de bigote y barba, expresaba ese templado sosiego que comunica á los músculos la vida campesina, y la mirada errátil encariñábase con la visión remota del cielo y de la mar. De rato en rato, un ramalazo de la ventisca le sacudía de cara, deteníase un instante como quien intenta afirmarse para no caer, y amortiguado el ímpetu de la ráfaga, echaba de nuevo á andar con el mismo lento y seguro paso. El perro, menos paciente que su amo, avivaba las zancadas, y en más de una ocasión volvióse como para reconvenirle por su inalterable cachaza.

Sin hacer caso de las demostraciones del precipitado can, Suárez Martín iba reflexionando sobre su situación. Hombre esencialmente ejecutivo, se avenía mal con las ambigüedades é incertidumbres en que á menudo nos coloca el azar, y como estaba enamorado de una mujer, propúsose no diferir más tiempo la declaración que ya interiormente se formulara. Si me rechaza, se decía, me largo á Burdeos, tomo el primer vapor, y no me detengo hasta Buenos Aires...

De allí á poco entrevió el pueblo, pintoresco amasijo de casuchas que parecen contarle al mar la cuita de su perdurable miseria. Mediaba la mañana, y el rigor del viento cedía á la clemencia del sol invernizo. La nieve empezaba á fundirse. Del monte situado á la izquierda del camino, conforme se va á la aldea, escurríase el agua sobre los taludes que rematan en la misma cuneta, y aquel repentino gotear de las peñas distrajo un momento á Suárez Martín de sus amorosas cavilaciones. Aunque amortecido por la distancia, llegaba hasta él lejano repique de campanas...

Acordándose al pronto de que era domingo, apresuró el paso con intención de ver á su preferida al salir de misa. Llegó á tiempo. Sin preocuparse de su llano empaque, metióse bajo el pórtico y se detuvo á presenciar cómo jugaban varios mozalbetes á la pelota. La agilidad de uno de ellos le distrajo de veras. Para sus adentros auguró al chico lucido porvenir si perseveraba en aquel juego. No tardó en concluirse el Oficio divino. Primero desembocaron de la iglesia dos aldeanos, charlando con ingenua calma de negocios agrícolas. Fué menester empujarles para que franquearan el paso. Luego que hubo salido el grueso de los fieles,

asomaron por la puerta dos muchachas, cuyo aspecto de señorío disonaba de la humildad aldeana. Su distinción estaba, antes que en el vestido, en el porte. La mayor de ellas, la *más* espigada, era una pelinegra de morunos ojos, pálida, con esa palidez de las mujeres *criollas* que parece ser el sello del clima, y en el andar despacioso ponía el ritmo lento de los *seres* que han nacido bajo los trópicos.

—Antes de entrar en la iglesia hemos visto á su perro todo embarrado, y enseguida nos hemos figurado que estaba usted de caza—decía una de ellas, la mayor, con afable naturalidad.

—Me desperté á eso de las cuatro, y como no podía dormir, se me ocurrió subirme al monte á disparar unos tiros. Ya lo ven ustedes; total, nada. Y al decir esto mostraba el fondo del morral donde yacían tres perdices, de las cuales eran dos pardillas y una blanca.

—¡Pobres animalitos!—exclamó la criolla llevándose una de las aves muertas á la boca, como si quisiera reinfundirle calor de vida. Esta blanca era muy bonita. ¡Qué lástima que tenga las patitas cenicientas manchadas de sangre!...

—Esa es la que más trabajo me ha costado

cazar decía Suárez Martín.—Al caer apeonaba de largo, porque la perdigonada se le metió bajo el ala derecha, y si no es por *Tandil* que me la capturó entre unos escaramujos, se me escapa...

Iban de paseo los tres carretera arriba, dejándose invadir de las caricias del sol. La nieve del suelo se derretía, y únicamente de trecho en trecho, en los parajes situados al abrigo de las breñas, conservábase compacta y dura como una roca cristalina que resiste á los embates del calor. Suárez Martín y la criolla pegaron la hebra en voz baja, y la conversación se animó, á espaldas de Luisa, la menor de las muchachas, que estudiadamente se adelantaba fingiendo que la divertía seguir á *Tandil*. Este, hosco y descontento, avanzaba oliscando en los bordes del camino...

—Mire usted, María—dijo el mozo parándose repentinamente.—Es menester que yo sepa á qué atenerme. Una amistad entre los dos es un absurdo, y prefiero que usted me desahucie antes de que transcurra más tiempo. Si me quiere usted, me quedo aquí, escribo á mi socio ordenándole que liquide mi parte, y asunto concluido. Si no, me marcho y no vuelvo.

Ella le miró sorprendida. La sequedad de la

declaración la hirió en lo vivo. Aquellas frases vibrantes, desnudas de toda poesía, dichas en la plenitud del campo, la apenaron, porque eran la revelación de la naturaleza de aquel hombre simpático, á quien suponía más delicado.

—Sin negar que el trato de usted me agrada —contestó María tras brevísimos instantes de silencio— se me figura que aún no nos conocemos. Veinte palabras cambiadas en la conversación y unos cuantos paseos que facilita el campechano vivir de la aldea, no nos garantizan lo que vale una persona...

Suárez Martín, suspicaz como hombre poco mundano, se calló. Para él semejantes palabras equivalían á una negativa. No sabiendo qué replicar ni qué decir, disimuló su decepción llamando al perro.

—¡*Tandil!* ¡*Tandil!* aquí.

—¿Quiere usted mucho á su perro?—preguntó ella, afanosa de traer nuevos asuntos á la conversación.

—Es mi mejor amigo. Me lo regaló un gaucho argentino, y lo conservo desde hace muchos años.

El perro se acercó sumisamente. Era un hermoso animal, blanco, veteado de negro, con

luengas y flexibles orejas, y un cierto aire de ferocidad en las fauces.

—Aquí donde usted lo ve tan manso, si alguien me levantase la mano, se echaría sobre él para hacerlo pedazos. ¡Es temible!

—Entonces—replicó ella sonriendo — será mi enemigo, porque si odia á los que le hacen daño á usted...

—Usted es un ser aparte—repuso él con emocionado brío.—Si algún hombre ó fiera tuviese para usted una mirada ofensiva, yo lo mataría inmediatamente...

—No sería para tanto...

—¿Que no?—añadió Suárez Martín con impetuosa fiereza.—No hay más que probarlo.

—¿Y cree usted que su perro no me conoce á mí?—preguntó ella con osada coquetería.

—No niego que la conoce á usted. De lo que no respondo es de que la respete...

Ella, tocada en su amor propio de dominadora, enrojeció. Sometido el amo, no admitía la rebelión del perro. Y sin aguardar más tiempo levantó la diestra como si intentase agredir á Suárez Martín. El can, que estaba á dos varas hociqueando en un bache, abalanzóse de un salto hasta colgarse de la mano de María, clavando sus dientes en la carne blanca de la

criolla. Esta dió un grito, y antes de que Luisa acudiera, Suárez Martín se había echado la carabina á la cara, disparando sobre el enfurecido *Tandil,* que al ver el ademán de su amo se agazapó junto á la cuneta. La sangre del pobre animal, encanalándose por uno de los surcos de la nieve, fué á besar los pies de María... Era una reparación.

UNA BODA

—

Al maestro Cávia.

UNA BODA

—

15 Julio.

Al llegar aquí noté en casa de mi tío idas y venidas que, sin saber por qué, me parecieron desusadas. Luego un trasiego de cosas fuera de lo regular. Muchachas de la vecindad visitaban la casa; sobre los muebles se veían retazos de telas, pañuelos recién dobladillados, sábanas de algodón por repulgar, botinas de charol relucientes é inestrenadas, medias de algodón azul, enaguas de ampuloso almidonado, mantillas, chambras de percal rameado... etcétera; todo lo que viene á componer el ajuar de una moza pobre que se prepara un albergue

propio y aparte. Bien que esto despertase en mí barruntos curiosos, me abstuve de preguntar nada. Lo que fuere—pensé—sonará.

Hoy ha sonado á casorio, y no queda sino resignarse. «Joancho—me dijo esta mañana mi tío—tú padrino...

—¿De qué, tío?

—De Josepa Dominga. Mañana, ella casar...

—¿Con quién?—le pregunté sinceramente interesado...

—Con Felipe, el hijo mayor de Fernúña...

Consentí gustoso, felicitándome de que mi prima Josefa Dominga, que es una mozarrona de erguido busto, cuyo rostro moreno es una promesa de sensaciones ardientes, emparejase con Felipe. Por la noche fuí á la cocina, y en ella permanecí buen rato de broma con los futuros esposos. Felipe, mi primo venidero, es, como cuasi todos los pescadores, un dechado de candidez. La vida guarda inéditas para él todas las crueles desilusiones que á mí me ha deparado. El pobre mozo, criado en las zozobras de su oficio, conoce sólo la mar. El mundo para él es eso: una llanura verdosa y movible que, á veces, reserva al caminante, al marinero lleno de confianza, sorpresas de muerte. No sabe más. Si hace bueno, mar

afuera en busca del sustento; si el tiempo se aborrasca, á rumiar nostalgias oscuras al amor del fogón. De muchos años atrás, según me han informado, quería Felipe á mi prima Dominga. El propósito de matrimonio venía malográndose, porque los paneles de las lanchas volvían vacíos de la pesca, y las partijas monetarias de la cofradía de Mareantes no daban de sí más que unos ochavos salobres y mezquinos.

Y ahora, con el estímulo de unos cuartos que Felipe ha cobrado de la parte que le correspondía en la «bonitada» ó cosecha de atunes lograda días antes de San Juan, ha decidido unirse á la prima, edificar un nido humilde, un nido de marineros, pobre hogar que enlutarán á la larga las tempestades oceánicas. En los parloteos que han llegado de la cocina hasta mis oidos, he traslucido que Josefa Dominga va al matrimonio por imposición inexorable de mi tía. La muchacha tuvo amores con un pescador de Mundaca, y se obstinaba en casarse á su gusto; pero, como Felipe está mejor acomodado, puesto que su padre tiene dos lanchas traineras y el pescador mundaqués no cuenta sino con sus menguados alcances semanales, Josefa Dominga se casará con Felipe.

Y yo, que no conozco ni á él ni á ella; yo, que no sé nada de sus vidas, que no he explorado en sus almas, que no sé lo que piensan ni lo que quieren, yo debo certificar con mi presencia, delante del sacerdote cristiano, que esta mujer y este hombre se aman con las entrañas, y que anhelan fundirse para siempre en un solo ser.

...Me presto á todo, á todo. ¿Qué voy ganando con oponerme á que dos seres que no se aman, que no se conocen, que no se penetrarán jamás el uno al otro, porque la tácita hostilidad de los sexos hace de cada vida un secreto indescifrable, ultimen un contrato matrimonial? He comprado de propósito unas baratijas, mísero presente de bodas, obligado tributo de mi padrinazgo. Unas varas de merino y un pañuelo de seda para ella; un reloj de nikel y un mazo de cigarros puros para él. Nada más. Llegada la noche me acuesto pensando, con cierta inconfesable envidia, en lo llano que es para ciertas gentes esò de encadenarse por siempre al grillete matrimonial, en la docilidad con que mi prima ha sacrificado su verdadero, su único amor de muchacha núbil, y en el apasionado desinterés, en la confianza ciega con que Felipe se aviene á poner su honra de hom-

bre y su tranquilidad futura al amparo de un corazón que no le pertenece...

Julio 16.

Ha venido mi tía María Tomasa á despertarme. *Joancho, gueldi, gueldi; altza, arriba.* No hay duda—pienso, desperezándome—de que me he retrasado. Miro el reloj y veo que son las seis de la mañana. ¡Qué á mis anchas hubiese yo dormido un par de horas más, á no impedírmelo este bodorrio aldeano! Me visto á la ligera y salgo al balcón. Es una costumbre, á la que no renunciaré fácilmente, esta de bañarme todos los días en el frescor salitroso que viene de la mar. Desde aquí percibo el taconeo de los que, dentro de la casa, me han precedido en el madrugón. Me aliño delante de tres ó cuatro marineros que han venido de fuera con Felipe, ganosos, á la cuenta, de asistir á la ceremonia. Mientras me peino, advierto sus rostros asombradizos reflejados en el espejo y el gesto de curiosidad que ponen al verme hacer con mi corbata un lazo complicado y nudoso. En esto, llega mi tía, acompañada de una muchacha pelirroja.

Es la madrina. La saludo y ella oculta el semblante entre los dobladillos de la mantilla, y me responde con melindroso encogimiento. De la cocina parten exclamaciones de prisa, y la comitiva se pone en marcha. Vamos á la iglesia.

En primera línea los novios, distraidos y graves, yunta soñolienta que ignora á dónde va; luego, la madrina y yo, en pareja rala y silenciosa. Ella, la moza pelirroja, parece una fantasma, y yo un individuo cualquiera tomado á la casualidad, para asociarse á una comparsa.

De camino, un marinero de la comitiva se divierte disparando cohetes. La gente que hallamos al paso se detiene y nos mira poseída de curiosidad. Noto que se fijan, sobre todo, en el empaque señoril del padrino, y esto me encocora y me irrita...

Ya dentro de la iglesia crece mi inquietud. Aleccionado con anticipación, hago cuanto me han dicho, y gracias á ello, mi papel de padrino se cumple sin visible desaire. Después de la ceremonia, celebrada con sujeción al ritual vigente, aunque en lengua vasca, se me obliga á permanecer de rodillas en la gradería del altar, siempre vecino de mi compañera la ma-

drina pelirroja. Delante de nosotros, dos peldaños más arriba, están los nuevos esposos, fervorosamente arrodillados y cubiertos con la caperuza de terciopelo negro galoneada de oro, que aquí se estila como formalidad ritualesca, en vez del velo de seda que se ponen las mujeres bien acomodadas en el acto de la ceremonia. Ante el ara oficia un sacerdote ya entrado en años. Es un cura simpático. En su rostro, lleno y atezado, lucen dos ojos de cuenca estrecha y pupila cenicienta. De toda su persona viene un aire de franca benevolencia, bonachón y aldeano.

La misa ha concluído. Salimos. A la puerta de la iglesia y bajo el pórtico aguardan á los recién casados sus comparientes y amigos.

La expresión taciturna del rostro no se altera en el hijo del Norte ni aun en días de regocijo. Se respira seriedad, y únicamente las mujeres allegadas al nuevo matrimonio sonríen en muestra de parabién. No puedo menos de llamarme á la parte en las felicitaciones por mi calidad de padrino, y mucha gente que no conozco me estrecha la mano con natural efusión. Ahora, según me entero, vamos á casa, en donde nos aguarda el desayuno: chocolate, bizcochos, aguardiente y... lo que haya...

Julio 16 (noche).

—¡Qué día el de hoy, Dios santo, qué día! Sometiéndome á la costumbre tradicional, he acompañado á los recién casados en su excursión. Los ricos van á París, á Berlín, á Italia; las personas de mediana posición reducen su viaje de bodas á visitar la capital; van á Madrid, miran el reloj de la Puerta del Sol, recorren en atavío dominguero calles y paseos, asisten á tal cual función de teatro, y luego de asombrarse de la holgazanería y del buen humor en que vive el pueblo madrileño, regresan á su provincia á convivir bajo un mismo techo las horas de fastidio que les tiene reservadas su nueva existencia.

El pescador vasco hace también su viaje de bodas, bien que en condiciones más modestas que el aristócrata y que el burgués. Hoy he podido convencerme de ello. Después de servido el desayuno en casa de la novia, fué acordada la expedición. ¿A dónde iremos? me preguntaron otorgándome la facultad de resolver el caso. Yo no sabía qué decir. Iremos - dije al

cabo de un rato de estéril perplejidad—á donde ustedes quieran. A mí me da lo mismo ir á una parte que á otra, con tal que no sea muy lejos...

Mi prima expresó su deseo de que fuéramos á Guernica, y no hubo sino complacerla. Quería ver el árbol de las libertades vascas, añoso y resquebrajado símbolo de tiempos y glorias lejanos.

La leyenda de esas libertades vive lozana en las almas de los vascongados, eternizada en un canto de viriles estrofas; pero el árbol, símbolo y representación efectiva de la independencia de un pueblo, va en decadencia. Se peregrina poco á Guernica... Otra vez andando y en comitiva cerrada. Los recién casados, delante, los padrinos, detrás, y muy á la zaga los parientes y amigos agregados oficiosamente.

En esto abrióse un boquete en el cielo, que ya mostraba desde el amanecer tonos parduzcos de mal agüero, y la lluvia nós inundó. Echamos á correr á la desbandada, y en cinco minutos de carrera, saltando sobre los baches que el agua iba formando, alcanzamos el coche que debía conducirnos hasta Pedernales.

Nuevos contratiempos me esperaban. La techumbre de la diligencia dejaba que el agua de la llovizna se escurriese por entre las grietas del maderamen, y durante el viaje, que fué molestísimo para todos, no hallé medio de hurtar el cuerpo al pertinaz goteo que venía de arriba.

En Mundaca remudamos el tiro, y el coche, reforzado con una mula de encuarte, comenzó la ascensión dificultosa de un tramo de la carretera, tendido en declive. Ibamos muy despacio y en silencio. La tristeza insólita del paisaje entrevisto desde las ventanillas, el carranqueo de la diligencia en los surcos embarrados del camino, la lentitud de la marcha y hasta el rumor de la sinfonía oceánica que subía del mar en gradaciones que la lluvia hacía disonantes, infundiéronme un malestar profundo. Me ví solo, enteramente solo, y muy lejos de todos aquellos seres que se divertían á su modo.

Por escapar á la sensación de aislamiento que me socavaba el alma, busqué en los rostros de mis amigos, de aquellos amigos que la ocasión me deparaba, la alegría de una ronrisa, la irradiación caliente de una mirada afectuosa, un gesto alentador, una palabra, algo, en

suma, capaz de arrancarme al dominio de mi soledad interior... y nada. Aquellos rostros entontecidos no expresaban nada; nada que no fuese la beatitud inconsciente de las bestias fatigadas en una eternidad de trabajos. Ella, mi prima, la moza garrida de ayer, anegada en la atmósfera soñolienta del coche, empezaba á dormirse. Sus ojos parpadeaban, cerrábanse, y á cada trepidación del carruaje, en las revueltas del camino, tornaban á la luz; luego, aquellos ojos cuyo fondo oscuro había seducido á Felipe, erraban en la nada; parecían fijarse en un punto y no miraban; deteníanse sobre una persona ó sobre un objeto, y no se impresionaban, refractarios á las imágenes, negados á las sensaciones visuales. El marido, el marinero Felipe, que iba al lado de mi prima, no daba señales más ostensibles de preocupación. Acaso no recordase lo sucedido. En el reposo muscular, dormían los instintos y los sentimientos de aquel hombre, arropados bajo su corteza primitiva y originaria.

Me pidió un cigarro. Se lo dí. Los demás agregados á la comitiva matrimonial formularon con los ojos análoga petición, y vacié mi petaca entre sus manos. De allí á poco, uno de ellos dió al aire las primeras notas de un zort-

zico. El tabaco enardecía, por lo visto, los nervios de la inspiración lírica. La diligencia marchaba ya sobre llano...

..Neure guizonac
nai dao jokatu
janda edan da fuma tú
alperrak eren gauzac
Oleric iñola ere zuma tu (1).

Las voces, fundidas al principio en un ritmo ligero y ondulante, hacíanse al final de cada estrofa perezosas y dormilentas.

Y la música de canto vascongado, rota en cadencias broncíneas y aflautadas, llenaba el espacio de sonoridades. Ya no llovía. El cielo, antes empardecido y hosco, recogía la bruma plomiza que escupía el mar, y poco á poco iba formándose en torno del coche un murallón de niebla que lo envolvía todo.

A compás del canto marchábamos en una

(1) Mi marido quiere comer, beber, jugar y fumar. Para él, que es un holgazán y un gandul, la dicha consiste en gozar sin trabajar.—*(Traducción libre)*.

agradable lentitud; y cuando la última estrofa hubo expirado en un

> tralaralalá, tralalalá,
> tralaralalá, tralalalá,

entonando con cierta viveza meláncolica, me hice la ilusión de que las notas del zortzico vasco iban á refugiarse en los robledales del monte vecino...

PAISAJE VASCO

A José Verdes Montenegro.



Paisaje vasco.

—

Hasta el comedor, henchido de gente diversa, llegaba el estrépito de la fiesta aldeana. Alternaban afuera y en ocasiones coincidían, los acordes de una banda de música, el estallido de los cohetes y el regocijado ulular de los campesinos. Adentro, no eran menos vivas ni menos ruidosas las muestras de alegría; cada uno de los veinte comensales agrupados en la mesa turnaba entre el bocado y la palabra, cuidando, naturalmente, de que la lengua no sacase mucha ventaja á las mandíbulas. Presidía la comida el cura párroco, y por reitera-

das instancias del anfitrión, se avino el alcalde á ocupar la otra cabecera. Los demás invitados se acomodaron atendiendo á su gusto y sin pararse en minucias de etiqueta.

El dueño de la morada era un vizcaíno rico, D. Pepe Guimon, que se pasó lo más lozano de su mocedad confeccionando sombreros en la Habana. La Providencia, en sus inescrutables designios, había permitido que pudiera lucir aquel hombre á su regreso al terruño originario, el más hermoso topacio que codiciaron humanos ojos, y la dispepsia más rebelde que fuese dable hallar en su carrera al médico menos contentadizo. Sometido desde muy atrás á régimen lácteo, no probába bocado, y si como aseguran los naturalistas es verdad que la función crea el órgano, en D. José debía haberse borrado todo rastro de estómago. Contrajo una melancolía tan honda, y su malestar se hizo tan huraño, que á no ser por las señaladas mercedes que le debían sus convecinos, todo el mundo se hubiese apartado de él. Por aquellos días, el médico de la aldea, D. Pablo Arteche, que era hombre leído, tendió un cable á la esperanza del enfermo, prometiéndole analizar sus jugos. Esa promesa y los preparativos de la fiesta en honor de Santa Ana, patrona de

la aldea, calmaron por el momento la inquietud de la familia.

La comida parecía interminable. Los platos se sucedían con regularidad; copiosos, de variado condimento, bien que predominaran las carnes. Una ó dos veces que las sirvientes quebrantaron la puntualidad entre plato y plato, levantóse la señora del indiano, y no tardó en restablecer el orden del convoy.

Era una mujer gruesa, ya anciana, que según lo que comía, pudiera creerse que buscaba en el propio estómago honroso desquite á las forzadas abstinencias de su marido.

Desde el comedor descubrían los convidados todo el ámbito del pueblo. Enfrente, millares de castaños parecían trepar las estribaciones del Gorbea, y á uno y otro lado las casitas de techo bajo, enjalbegadas primitivamente, simulaban ropa blanca tendida al sol. A lo lejos erguíase el campanario de la iglesia.

La gente, agolpada en torno del hotel, se divertía á su modo. Los más, enracimados curiosamente sobre los atriles de los músicos, miraban primero los papeles, y después á los ejecutantes, confusos ante el fenómeno de ver cómo aquellos garrapatos se convertían en sonidos de íntima dulzura. Las madres, con los niños

prendidos de las haldas, se distraían al sol, y las mozas casaderas en corro aparte brincaban siguiendo las pautas bailables del tamboril y el pito.

Arriba en el comedor el párroco, anticipándose á los brindis, dijo unas palabras que sonaron á merecida alabanza en los oídos de D. José, á cuya piadosa longanimidad se debía el que la aldea contase con un templo de soberbia planta. Le sucedió el médico en el uso de la palabra; pero hubo de interrumpir el discurso cuando iba en una invocación á los romanos, porque un enfermo reclamaba sus cuidados.

—¿Quién ha venido á buscarme?—preguntó sin disimular su contrariedad á la sirviente que trajo el aviso.

—Dos aldeanos que están aguardando en el jardín.

—Diles que suban—exclamó la señora de la casa.—Serán de fijo inquilinos de algún casería nuestro...

A los pocos minutos aportaron al comedor los dos aldeanos. Eran marido y mujer, dos tipos de la tierra; él bajo, macilento, de asoleada tez y ojos verduzcos; ella fornida, abundante de carnes, con grandes ojos oscuros de mirar manso. Entraron con meticulosa cortedad,

encogidos, amedrentados por el recelo de que venían á estorbar. El, cabizbajo, manoseaba la boina, y ella, más resuelta, se encaró con la dueña de la casa cortesmente.

—Ya me lo figuraba yo—exclamó la señora del indiano.—¿Qué traes por aquí, Ana Mari?

Antes de que el médico les interrogase refirieron la enfermedad del hijo que se quedaba acostado en el caserío. Aunque la mujer inició el relato, hablaban por turno, y tan pronto era ella quien suplía una omisión de él, como él quien allegaba algún pormenor olvidado. Expresábanse en vascuence, con quejumbrosa monotonía.

—¿De modo que tiene calentura?—preguntó la dueña.

—Sí, señora; y el vientre y el cuello hinchados....

—¿Le habéis puesto algo?—dijo terciando el médico.

—Sí, señor—repuso compungida la aldeana;—friegas con aceite y una cataplasma de maiz...

Nadie se burló de aquella fokloresca terapéutica. Los convidados escuchaban con aparente compasión el relato de aquellas miserias,

disimulando el deseo de que los aldeanos se fuesen.

—Bueno, esperadme abajo. En seguida voy...

Salió el matrimonio escoltado de las miradas piadosas de todos los comensales, y como se reanudara la charla de sobremesa y trascurriera más de una hora, entró de nuevo la sirviente para advertir que los aldeanos estaban llorando. Don Pablo, instado más por su conciencia que por el ruego de la señora de la casa, púsose en marcha entre los aldeanos, que le renovaron durante el camino la descripción de la enfermedad. Iban despacio carretera adelante. El sol incendiaba el aire, y los maizales que pueblan las tierras vecinas parecían quejarse del estival rigor inclinando sus hinchadas panojas. La temperatura y la digestión embarazaban la agilidad de D. Pablo. Marchaba lentamente, distrayendo la mirada en el solemne sosiego del paisaje. Dos ó tres veces detúvose á descansar en los poyos de piedra del camino ó recostado á la sombra de los bardales. Quiso informarse del efecto que les había causado la fiesta á los aldeanos, pero ellos, hostiles á todo lo que no se rozara con la enfermedad de su hijo, callaban ó respondían con monosílabos.

—Llegaremos al ponerse el sol—exclamó el médico mirando el reloj.

D. Pablo experimentaba vivo malestar físico. Le dolía la cabeza y se le doblaban las piernas. Por los frecuentes descansos no llegaron á la heredad del matrimonio hasta muy entrada la tarde.

—Ahora veremos qué tiene el «mútil»—dijo poniendo la planta en el portalón.

Anduvo el trecho que le separaba de la alcoba, siempre seguido de los aldeanos, que le miraban con desesperada avidez. Entró, y al ver desde el umbral un cuerpo rígido y unos ojos inmóviles y tersos, volvióse de espaldas.

—Es tarde ya.

Y salió.

Desde fuera pudo oir el doble y prolongado sollozo de los aldeanos, esclavos de su pena.

La mirada del médico, espaciándose en la altura, acertó á distinguir á lo lejos la encendida culebrina de un cohete de luces multicoloras.

EL BOYERO

—

A Manuel Multedo.



El boyero.

—

En torno de una mesuca armada sobre estevados palitroques, los tres hombres bebían y hablaban. De ellos, dos eran ya metidos en años, bajos de estatura, más cerca de la obesidad que de la garrideza, parcos de palabra y aun más sobrios de gestos, y el tercero, ni joven ni viejo, daba indicios de haber franqueado la cuarentena con envidiable ahorro de vigor entre piel y huesos. Su fisonomía, de trazos expresivos y enérgicos, era el pregón más elocuente de su carácter. Tenía los ojos negros, grandes, de ávido mirar; la nariz enor-

me, casi montruosa, se deprimía en el arranque frontal para dilatarse luego como un fuelle, y el resto de la cara erizado de pelo; un pelo selvático, indomable á la disciplina del cepillo.

Hablaba con voz recia acompasando las palabras, y al rematar cada período, sus ojos buscaban el asenso del interlocutor en la mirada.

—Si el gobierno se preocupa de los carlistas es que no sabe lo que se pesca. Ese peligro pasó y pasó para siempre...

Uno de los dos ancianos que le escuchaban, movió la cabeza en señal de duda. El otro, sin contradecirle resueltamente, opuso alguna resistencia á su opinión con frase vaga, que ni era negativa, ni acreditaba convencimiento. Aquella ambigüedad exasperó al fogoso preopinante.

—Mire usted, D. Gregorio—dijo con rotundo acento—usted, por lo mismo que no sale de su almacén, ni se cuida de otra cosa que del alza y baja del exterior, no es autoridad en política. Yo sostengo que no puede haber guerra civil ahora, porque aparte de que ya nadie se juega la vida para que Juan sustituya á Pedro, no hay en España quien anticipe la santa pecuniam...

—Los carlistas son ricos, objetó el otro un poco amostazado porque se recusase su opinión.

—Como ricos, puede que lo sean, pero, no arriesgarán un ochavo por su rey...

En ese tono se sostuvo la conversación durante media hora. El chacolí que amarilleaba en los vasos de tosca hechura parecía reencender la polémica en cada tregua de silencio, pero, sin que el viejo ni su contradictor pusiesen una sombra de agresividad en sus razones.

Cada cual se desfogaba en el tono que quería, atentos entrambos á no rebasar el terreno que la urbanidad acota para las personas de buena crianza.

Empezaba á anochecer. Desde la cumbre de Begoña descubríase Bilbao, allá abajo en una hondonada.

Los bebedores, sentados á campo abierto en una zona de tierra en barbecho que había á espaldas del caserío, apenas si divisaban el parpadeo de las luces al través de la densa niebla que se cernía sobre la villa. Hubiérase dicho que el callado desmayar del día les invitaba á recoger su pensamiento, y que la quietud de las cosas era para ellos estímulo de secreta ideación.

Mudos habrían permanecido más largo trecho de tiempo los bebedores á no sacarles de su arrobo el chirriar de un carro. Avanzaba el rústico vehículo con lastimosa lentitud por la vereda arriba, y de cuándo en cuándo escuchábase el gutural ¡aidaa! del boyero vasco, aguijoneando á las bestias uncidas. Distaba ya poco del caserío, pero las quebraduras del camino no le consentirían llegar, según sus cálculos, antes de un cuarto de hora.

—Mutil—dijo don Gregorio, encarándose con un muchacho y asiendo del jarro—trae media azumbre.

Mientras el criado del caserío acarreaba el chacolí, prendió nuevamente el carlismo en la conversación. Fué el más joven de los tres hombres quien trajo el motivo.

—Ese bruto de Dimas prefiere andar por esos caminos guiando su carro á cuidar del caserío. Si sobre vender buen chacolí atendiera á la cocina, la gente vendría aquí á merendar y el hombre se llenaría de plata... ¿No opina usted lo mismo, D. Adrián?

—Eso creo—repuso el interpelado.—Y á propósito de carlistas, guárdese usted de injuriarles delante de este aldeano, porque para él don Carlos está á cien codos por encima de Dios...

—No creo que se enfade. Tiene todas las trazas de un infeliz...

—¿Infeliz? Húrguele usted por ese lado, y verá...

Damián el boyero, dentro ya de la corraliza del caserío, desaparejaba sosegadamente la yunta. Era un hombre como de cincuenta y cinco años, desmedrado de talla, enjuto, fibroso, y muy taciturno. Hablaba poco, y á toda pregunta solía contestar con sumiso comedimiento. Nadie en el contorno dudó nunca de su honradez, y los domingos, durante la misa, daba tales muestras de fervor, que los aldeanos concluyeron por tramarle una leyenda de santo.

Era el marido ó algo equivalente de Mari Juana, una vendedora de hortalizas que, á más de ejercer su industria en el mercado bilbaíno, prestaba con el módico interés de un real por duro mensual á los que se veían en un aprieto pecuniario.

—Alza, Damián—díjole el más joven de los bebedores, ofreciéndole un vaso.

—Es Jaunac (no, señor), eskerrikasco (gracias)—replicó el aldeano, rehusando con humilde gesto.

—Bebe á la salud de D. Carlos—insistió el otro, metiéndole el vaso casi por los ojos...

Damián bebió, al principio con mesura, y después, sobre cada invitación, con exceso. Se había quitado la boina para extraer el tabaco, que guardaba entre las dobleces, y con mucha calma cargó su pipa de barro, encendiéndola por el rudimentario procedimiento del pedernal. Luego aspiró con plena delectación el vaho del tabaco en ascua, y el humo azulado de la pipa, repartiéndose en menudas fracciones, se dilató por el aire.

—Oye, Damián, ¿es cierto que os echais al campo?—preguntó uno.

El viejo denegó, sonriendo. Las canas son pesimistas, y Damián no creía que su rey pudiese venir.

No se paraba á determinar el por qué de sus dudas, ni trajo razonamientos que excusaran su falta de fe en el triunfo definitivo de los suyos. Callaba denegando con la cabeza, como quien acata con su silencio una orden divina.

El que no viniera D. Carlos no dependía para Damián de trabas humanas ni de los obstáculos que podría oponer el bando contrario. Era Dios y sólo Dios quien estaba interesado por el momento en que el carlismo se redujese á una quimera sustentada por la codicia imaginativa de unos cuantos ilusos.

—Falta el coraje para pelear, ¿no es eso, Damián?—aventuróse á decir su interlocutor.

El anciano, sin inmutarse por aquella tácita imputación de cobardía, llamó á su mujer. ¡Mari!... ¡Mari!... y al presentarse la casera con un empaque tan encogido y humilde como el de su marido, Damián le ordenó que refiriese á los señores alguna hazaña suya de la guerra.

No hubo en el mandato alarde ostensible de guapeza, sino más bien el propósito de satisfacer la curiosidad de los circunstantes. El aldeano hubiera querido que su mujer narrase la acción de Arbolancha, pongo por caso, de aciago término para los liberales, y si no se lo indicó expresamente á la vieja, fué porque contaba con que ella se acordaría.

— A ver Mari – exclamó D. Gregorio—¿cuántos guiris (1) mató tu marido?...

La mujer se quedó perpleja unos minutos. Fluctuaba entre la obscuridad del recuerdo y el temor de afrontar riesgos posibles. Damián la alentaba con la mirada. Ella vió en los ojos del aldeano un relámpago de reto

(1) Soldados liberales.

fanfarrón á los liberales, que la decidió soltarse de lengua.

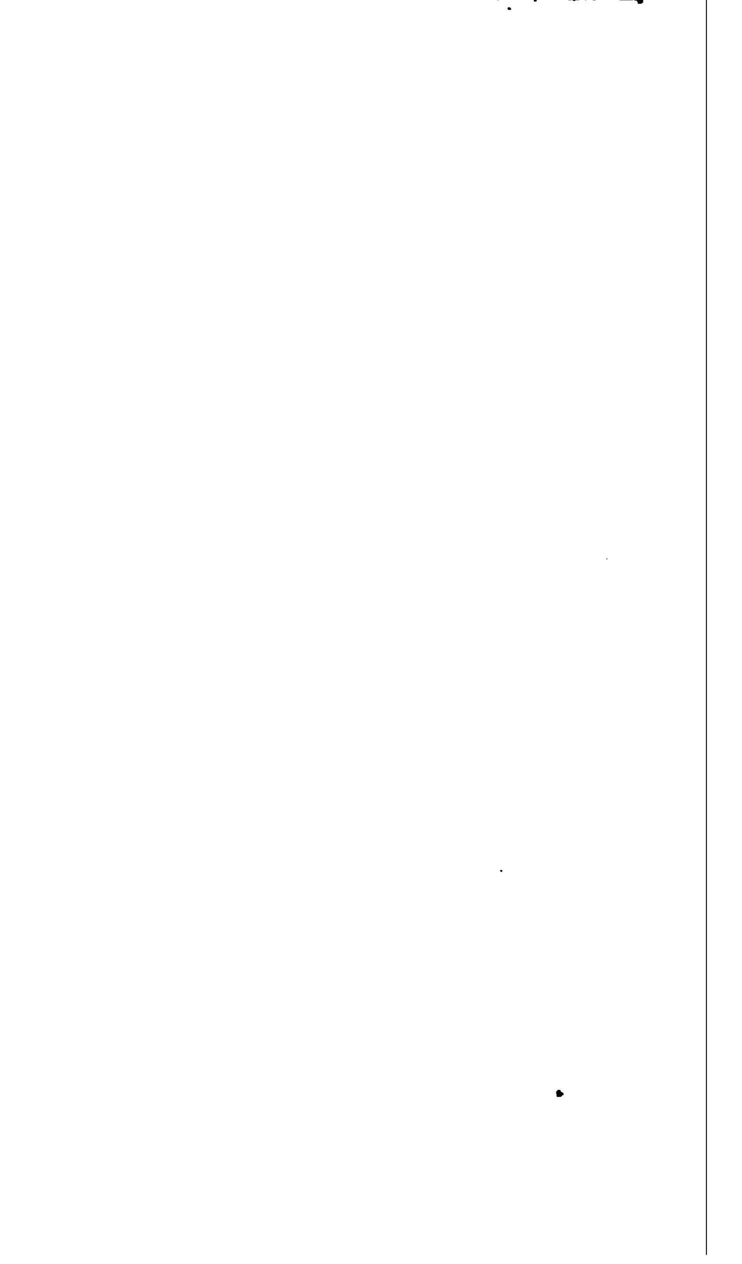
—Mas de veinte están ahí enterrados—dijo señalando con el índice el establo frontero del caserío—y con acento llano, en el diapasón usual en las conversaciones triviales, refirió cómo su marido se entregaba durante la guerra carlista á la caza de soldados de la libertad. El matrimonio, ajeno en apariencia á la sañuda disputa de los dos bandos, aposentaba á los liberales en una alcoba del caserío. Ellos, rendidos al cansancio que producen las marchas por terreno montuoso, se dormían pronto. Entraba Damián de puntillas armado de una hoz...

Sin aguardar á que la anciana rematase el relato, se levantaron los bebedores. En el instante de despedirles, con el mismo sumiso acento que le era habitual, el aldeano sonreía...

DISONANCIAS LEJANAS

—

A Pedro Eguíllor.





Disonancias lejanas.

General Acha (Pamplona argentina)
24 Diciembre 1891.

En derredor de la mesa están sentados: el dueño del establecimiento, que es paisano mío; el coronel del cuerpo de línea que ha mandado el Gobierno argentino para reprimir cualquier intentona de los indios del Sur; el mayoral de la diligencia que hace el trayecto entre Guamini y esta colonia; un genovés simpático, porque no habla sino muy raras veces; dos gauchos troperos ó capataces de ganado que vienen periódicamente á surtirse de objetos de talabartería; un empleado de la casa, gallego

lenguaraz, que habla de todo con desenfadada suficiencia, y yo, que llegué hace pocos días de Buenos Aires, muy eficazmente recomendado.

Hemos comido bien. Los comensales guardan silencio; un silencio animal, que es como la modorra de las inteligencias. Interrogando los rostros de esta gente, se ve que no piensan en nada. Han comido, han bebido, fuman y callan. Su digestión es solemne. Para ellos, la fecha de hoy carece de sentido. El 24 de Diciembre no despierta remembranzas lejanas, ni el rodar de las horas levanta en sus almas polvo de recuerdos. La nostalgia, enfermedad de los espíritus inquietos, no ha hecho aquí ninguna víctima. Ni mi paisano, ni el gallego charlatán han pronunciado una palabra de alusión á la casa paterna.

—*Cosa fai*—le preguntó al distraído genovés, que está en frente de mí.

—*Sono annoiatto. ¿Udite la pioggia e le rafiche?*

Efectivamente. Prestando atención al exterior advierto que llueve. Las ráfagas pamperas azotan la techumbre del galpon ó casamata que nos sirve de comedor. Luego el viento cesa. La sirviente, una china—india sometida—levanta los manteles y nos trae el café.

—Che, gallego—dice uno de los gauchos troperos, dirigiéndose al dependiente:—Vamo á ve qué cara tiene ese coñá.

—Te advierto que es de la marca «Pajarito», que vale 50 centavos la copa.

Al oir esto, el gaucho se impacienta.

—Patrón—le dice al amo—¿estamos aquí como marchantes ó como del velorio?

—Como del velorio—contesta sonriendo el principal.—Hermenegildo, baja ese coñá que recibimos la semana pasada.

Descorchada la botella, mi paisano sirve el coñac. Es un licor del país, aguardiente refinado, que enciende las paredes del estómago. Yo apenas si lo he probado. El coronel se echa al cuerpo hasta seis copas, y los gauchos apencan con lo restante. No quedan ni escurriduras en la botella.

—Y usté, mi generá, ¿por qué pagos andaba el año pasado?—dice uno de ellos.

—El año pasado, tal como hoy, estuve en el Chaco con el general Rudesindo Roca, persiguiendo á la indiada.

—Entonces, ¿no son mansos los indios de por allá?

—Según; los hay mansos y atrevidos. Lo que es á los matacos de Santiago del Estero ni su

taita los sujeta. Mueren como moscas antes de entregarse.

—Y vos, ché-vasco, ¿andabas por Galisia?

—No sea bagual (1) mi amigo—le contesto acomodándome al léxico del país.—Yo no estuve nunca en Galicia. Ya le he dicho que soy vizcaíno.

Ellos, pobre gente semisalvaje que vive casi siempre en despoblado, no distinguen entre vasco y gallego. ¿Qué más da, después de todo? Yo no creo que unas regiones valgan menos que otras, ni he incurrido nunca en la tontería de sostener que mis paisanos prevalecen como virtuosos entre los demás españoles. Eso me parece mezquino y ñoño. La humanidad es mala en todas partes. La cobardía y la estulticia es la levadura con que Dios, ó quien fuese formó el primer hombre.

El genovés se lamenta de que la lluvia le malogre el viaje que tenía proyectado para mañana; el coronel fuma y eructa; el dueño de la casa permanece mudo, fingiendo una preocupación que de fijo no siente, y uno de los gauchos troperos extiende en el suelo la carona y la manta de su cabalgadura, se tapa con el pon-

(1) Nombre de un tipo de caballo.

cho y no tarda en dormirse. Su compañero habla con el gallego sobre la próxima hierra del ganado, y le anticipa el notición de que su china —la querida —va á parir. El dependiente se brinda como padrino, y en señal de convenio beben juntos dos copas de ginebra.

Yo, recogido en lo más apartado de mi corazón, sueño con los míos. El pensamiento, entristecido, recorre millares de leguas al través de los espacios oceánicos, se detiene en una aldea del Cantábrico y sufre, renovando en el pasado, la sensación inolvidable de la dicha familiar..,

II

Nueva Orleans (Estados Unidos)
24 de Diciembre de 1894.

Mañana zarpamos para Liverpool. Hemos permanecido aquí diez y seis días. Al embocar el Missisipí, nos impusieron una cuarentena penosa, y aún tengo en el olfato dejos de azufre. Esta noche, por disposición del capitán Tellería, hay banquete á bordo. Comen con nosotros el capitán y los oficiales del vapor *Alava*, que fondeó ayer á nuestro costado para cargar de algodón en pacas, y hacerse á la mar con rumbo á Inglaterra; el consignatario de la Compañía Bandera Española, nuestro cónsul y su familia. Habrá concierto, porque la previsión de Tellería, que es un artista, ha dotado de piano al trásatlántico.

Al salir de la Habana, me dijo mi amigo Illera:—Te advierto que la Nochebuena te coge en el camino.—Y la perspectiva de pasarla en plena mar, me encantó. Esta avidez imaginativa que padezco desde niño, se aplaca viajando.

Hoy me siento alegre y todo mi cuerpo rebosa el contento de vivir. Me he levantado muy de mañana, con la claridad auroral, y luego de bañarme he saltado á tierra.—¿Quiere usted acompañarme á la compra?—me ha dicho el mayordomo.—Y, muy contento, me he ido con él.

Las disputas de Tiburcio con los proveedores del buque me divierten. Este vasco simpático parece catalán, por lo tacaño. Discute los contratos al céntimo, y sería menester mucha habilidad para escamotearle el dinero. Aunque el idioma corriente es el inglés, utilizamos el francés para entendernos, ya que el idioma de Voltaire está aquí muy generalizado á causa de la crecida emigración francesa que arriba todos los años.

—¿Usted no conoce al cónsul?—me ha preguntado el capitán Tellería.—Ya verá usted qué valenciano tan festivo y tan instruído:

A las nueve de la noche llega el consignatario con su señora. A lo largo de la planchada que pone en comunicación el buque con el muelle se ha puesto por precaución una cuerda de esparto que sirva de pasamanos. La señora del consignatario no es guapa ni fea. La vulgaridad de su tipo queda disimulada

con la elegancia del vestido. Nos saludamos, entran en la cámara, y el capitán Tellería, galante siempre, obsequia á la señora con flores. Junto á la mura de estribor nos quedamos un piloto y yo para recibir á los convidados. Mi traje negro, arrugadísimo á consecuencia de la desinfección que sufriera en el lazareto, me inspira seria inquietud.

Me sorprende cómo esa nimia imperfección de mi americana me cohibe hasta el extremo de que no acierto á moverme. Hay momentos en que quisiera hacerme superior á esa preocupación vanidosa, y no lo consigo. Para neutralizar los dejos de azufre que despide mi ropa, me rocío con agua florida, único perfume que hay á bordo, y esa odorante ablución me desembaraza un poco.

En esto llega el cónsul, acompañado de su familia. Me adelanto oficiosamente á darle la mano á una de sus hijas, espigada rubia de unos veinte años, y ella me la rechaza.—Muchas gracias... no tengo miedo.—Ese primer fracaso de mi galantería me deja un poco corrido. Vamos á la cámara.

El cónsul y el capitán se abrazan, menudean los saludos, las frases afectuosas, las interrogaciones amigables, y tomamos asiento en tor-

no de la mesa. Somos veinte, comprendidos los oficiales del *Alava,* el consignatario y su señora, el cónsul y sus hijas—es viudo—y la gente de á bordo.

Entre españoles expatriados no tarda en producirse una atmósfera de fraternidad que desata todas las lenguas. De rato en rato llega hasta nosotros el silbato agudo de los remolcadores que hacen el servicio entre ambas orillas del Missisipí.

Dos camareros, muy tirados de uniforme, sirven la comida.

El programa culinario es primoroso. Un arroz á la valenciana entusiasma de tal suerte, que Tellería y el cónsul acuerdan llamar al cocinero para felicitarle. Este se asoma al comedor, se quita el gorro blanco y saluda.—*Se ederrago arrosa*—esto está hermoso—le dice el capitán, y todos asentimos con gestos de aprobación.

Enfrente de mí, está la hija mayor del cónsul, que me rechazó la mano hace poco. Es rubia, opulenta de carnes, y su perfil clásico le da apariencias de camafeo. Sus ojos son azules, de mirada lánguida y mimosa, y

Son tan largos sus cabellos,
que si desatados flotan
sobre el cuerpo de jazmín,
lo embellecen y lo adornan.

que dijera el P. Arolas.

Tengo la desgracia de ser el hombre más picajoso del mundo, y como he creído advertir un desaire en la muchacha, me mantengo etiquetero y envarado, como un diplomático. Más por estímulo de urbanidad que por deseo de agradar, cuido de servirla en todos los detalles de la cena y de evitarla molestias. Ella se muestra agradecida, primero con palabras ceremoniosas, y luego con movimientos de cabeza acompañados de sonrisas.

Concluída la cena, Tellería, que es músico de mucho valer, se sienta al piano. Yo, aburrido y un poco triste, voy á reclinarme sobre uno de los divanes que orillan la cámara. Enciendo un cigarro, y me pongo á mirar á la rubia que está arrimada al piano, charlando con el capitán. De vez en cuando me echa una ojeada y se ríe. Yo, sin inmutarme, experimento íntima contrariedad, pues se me figura que se burla de mí.

El cónsul y uno de los oficiales, que es va-

lenciano, vienen á sentarse á mi lado, y no tardan en pegar la hebra á propósito de cosas de su tierra. Un camarero se me acerca trayendo una botella de coñac, y vajilla de cristal en una bandeja.

—¿Quiere usted?—me dice.

Acepto; me bebo un par de copas, me arrellano más, y á poco empiezo á dormitar. Tellería nos obsequia con una *tarantella* napolitana.

Un deseo vehementísimo de marcharme á tierra me asalta de pronto. Salgo de la cámara, y apoyado sobre la amurada, me encuentro al mayordomo fumando.

¿Quiere usted venir, Tiburcio?

¿A dónde?

—A tierra. Esto me aburre.

—Vamos, hombre. No sea usted loco. ¿Qué va usted á hacer solo en tierra? ¿No tiene usted ahí chicas con quienes bailar?

—Es que yo no bailo. Eso de dar cabriolas me parece estúpido.

—Bueno, pues aunque no baile usted, debe quedarse en la cámara. ¿Qué dirá Tellería si le dejamos solo con los convidados.

Esa consideración me retuvo. Volví á entrar en la cámara, me dejé caer en el diván, y

pedí al camarero otra copa de coñac. La rubia del cónsul habíase puesto al piano. Revolviendo partituras, estuvo indecisa un momento. Luego colocó una sobre el atril, *La Apassionata*, de Beethoven. El idioma es pobre para expresar las gradaciones de la música. Hay en circulación dos ó tres verbos y media docena de adjetivos gastados por el uso, con los cuales aspiramos á reflejar el alma sonora de un instrumento.

Es en vano. La música, como todo goce inmaterial, no sale del dominio de la emoción. Ni Solís, ni Flaubert, ni Gabriel D'Annunzio, estilistas refinados de la prosa, lograrían revivir con palabras el goce musical. La sensación que despierta una sonata de Beethoven nos baña los nervios, nos inunda el alma y muere en nosotros.

Todos los esfuerzos imaginativos, todas las torturas de la pluma, serán completamente estériles para renovarla. Por eso me absuelvo de traducir mis sensaciones de hoy en prosa deshilvanada.

El capitán del *Alava*, que tiene voz de tenor, ha cantado una romanza de *Guillermo Tell* y dos zortzicos. Nos sirven el té y se improvisa un baile. La señora del consignatario baila con

Tellería, y dos hijas del cónsul con dos oficiales de á bordo. La rubia no baila. Yo tampoco. Esa coincidencia me satisface. Siempre he creído—véase Spencer—que el baile es un resabio de la vida salvaje.

Resbalan las horas, y á las dos de la madrugada cesa la fiesta. Nos despedimos con mutuos ofrecimientos, y al subir nuevamente á la planchada para desembarcar, vuelvo á ofrecer mi mano á la mayor de las hijas del cónsul. Esta vez la acepta sonriendo, y me dice:—Ahora, con la oscuridad es peligroso confiar en la cuerda...—Los invitados se ponen en marcha, y todavía nos saludan desde el muelle. Yo, de codos sobre la amura, les veo alejarse, y se me figura que algo de mi vida se va con ellos... Mañana zarparemos...

LA CAVERNA

—

A Vicente Blasco Ibáñez.



LA CAVERNA

—

HUMEABA la cazuela en el centro de la mesa. El borboteo del guiso íbase poco á poco extinguiendo, á falta de brasas que lo mantuvieran vivo, y los contados trozos de carne que doña Pepa había puesto en la cazuela concluyeron por quedar sepultados bajo una espesa capa de salsa. Tres panecillos, una botella de vino y unas cuantas naranjas esperaban sin prisa, juntamente con el guiso, el turno para trasladarse á los estómagos famélicos de doña Pepa y sus dos hijos. Desde el comedor percibíase el maullar del gato en tono de reclamación lastimera.

—Mamá—dijo Leoncio con impaciencia, asiendo un tenedor.—Hilario no viene. Vale más que comamos. Yo no puedo más

Y sin aguardar el consentimiento maternal, trincó el joven un pedazo de carne, llevándoselo á la boca sin pasar por el plato, estación intermedia que á su juicio no hacía falta, entre la cazuela y el estómago. Masticaba ruidosamente, con la voracidad de los carnívoros, sometidos á un largo ayuno y como quien no ha conciliado nunca el apetito con la templanza. Su madre, absorta en el recuerdo del hijo ausente, no se movía. Era una mujer entrada en años, gruesa, enana y con señales de haber envejecido temprano.

—Pero ¿qué se habrá hecho de ese hijo?—exclamó con inquietud. —Hace ya una hora que debiera estar aquí...

Leoncio no vió en la zozobra de su madre un motivo para interrumpir la comida Las tajadas pasaban á su estómago pagando antes una contribución de salsa al mantel en la frontera de la boca, y como tenía el hombre sanas despachaderas, dispúsose á engullir el resto, con la ayuda de un panecillo que desmenuzó de intento.

La vieja, preocupada con la tardanza de Hilario, no advirtió que en menos de un cuarto

de hora había desaparecido la carne del guiso, y no se hubiera enterado de ello aún, si á Leoncio, por simplificar la operación, no se le ocurre aproximar la cazuela, para que ni una gota de salsa escurrida se perdiese en el camino.

—¡Hijo, por Dios!—exclamó con viveza.—¡Mira que dejas á tu hermano sin comer!

La amonestación de la anciana contuvo á Leoncio cuando el daño era ya irreparable. Contrariado, más porque menguaba la comida que por la prudente reprensión de su madre, practicó un último sondaje con el pan en la cazuela, y la retiró luego empujándola con la diestra y como quien se impone un sacrificio. Su rostro expresaba cansancio. Suspenso el trabajo de la trituración, aquietáronsele las mandíbulas, y solamente de tarde en tarde el chasquear de la lengua explorando entre las encías indicaba que Leoncio seguía devorando tal cual hilacha de carne.

Inquieta doña Pepa con el recelo de que su otro hijo se viese privado de alimento, adelantó el cuerpo asomándose á la cazuela. La realidad inspiróle disgusto y enojo. Ella no tasaba la comida de sus hijos por un capricho mezquino, sino porque la escasez de dinero no consentía abundancias.

La inconsiderada voracidad de Leoncio, su egoista codicia, y sobre todo, el pensar que Hilario volviera del taller desfallecido y hambriento, suscitaron en doña Pepa una crisis de ndignación.

—Eres un bruto que lo quiere todo para sí —díjole clavando su mirada en el impasible tragón. No te acuerdas siquiera de que es tu hermano el único que trabaja y gana para la casa...

Leoncio no contestó. Después de comer, calmábasele la irritabilidad de los nervios, y en lugar de colérico, solía mostrarse callado y sumiso. Ningún sentimiento de reparadora justicia ó de pesar por su conducta, le cruzó el alma. Las indignadas palabras de su madre ni siquiera le penetraron. Su vida estaba circunscrita en la digestión.

Holgazán y pesado, sin aficiones ni aptitudes concretas, pasábase el tiempo boca arriba en la cama, atento únicamente á que su madre le dijese:

—Leoncio, á comer.

Entonces apeábase de los colchones, metía los descomunales pies dentro de unas alpargatas, y mal vestido y sin aliñarse enderezaba el paso hacia el comedor.

Cuando se comía en familia cuidaba doña Pepa del reparto, pues, á no hacerlo, hubiera sido la vida de Hilario un prolongado ayuno.

En otro tiempo solía la vieja reservar á escondidas alguna cosilla para el hijo trabajador; pero desde que advertido un día Leoncio de aquellos subrepticios regalos levantó la mano sobre su madre, atemorizada doña Pepa, tuvo que renunciar á la inocente satisfacción de repetirlos.

Hilario no se quejaba. Era un mozo delgado, seco, de broncíneo rostro y ojos negros. Entrambos hermanos desemejaban de todo en todo. La sobriedad de Hilario era, con relación al presupuesto casero, el contrapeso de la avidez animal de Leoncio, y la pereza de éste, el acicate más vivo para la diligencia del otro. Rara vez se dirigían la palabra, porque Leoncio, incapaz de seguir las pautas del pensamiento ajeno, contestaba con monosílabos, no siempre acordes con las palabras del interlocutor. Del mutuo afecto que se dispensaran escaseaban las señales. A fuerza de convivir en el amparo de la madre llegaron á no estorbarse, pero sin expresar jamás el efusivo interés que nace de la fraternidad.

Ya se iba doña Pepa haciendo á la idea de

que su hijo Hilario no viniese á comer aquel día, cuando alguien llamó á la puerta.

—Ahí está mi chico—exclamó en voz alta, encaminándose para abrir.

El muchacho entró. Sin decir palabra en son de excusa por su demora, arrimóse á la mesa, pidiendo con un gesto que le sirvieran de comer. Doña Pepa se alarmó. Aquella hostil reserva quebrantaba una costumbre de Hilario, la de ser cortés y comunicativo con su madre.

—Vienes muy sucio hijo—insinuó la anciana, por darle pretexto de hablar.—Anda, ve á tu cuarto y mientras te lavas preparo la comida...

—Estoy bien, y no quiero lavarme. Venga eso, que me corre prisa...

—Tendrás que esperar un poco. Creyendo que ya no vendrías se ha comido tu hermano el guiso...

Hilario, que había fijado sus ojos en el raído mantel puesto sobre la mesa, los desvió para mirar á su hermano. Este, abotagado y silencioso, parecía encomendarse al sueño. El corpachón sin garbo íbasele para adelante, y la greñuda cabeza tendía tan pronto á la derecha, tan pronto á la izquierda.

Como quien no tolera que le entre por la

boca nada que no sea sólido y masticable, Leoncio la conservaba cerrada después de comer, dejando á las fosas nasales el compromiso de surtir de aire á los pulmones. Respiraba fuerte y sonoramente. Hilario le miró con lastimoso desdén.

—No hay dinero en el Banco de España para mantener á este animal.

—Qué quieres—repuso la madre—el pobre tiene tan buen diente como mala disposición para ganar el pan...

—Es que ya me voy yo cansando de ser la bestia de carga. Por usted pase, que al fin es la madre y manda. Por él ya es otra cosa. Si tuviera vergüenza se las buscaría con el sudor ó con los puños.

Era la primera vez en su vida que Hilario reprochaba á Leoncio su terca holgazanería. Doña Pepa, temiendo que una respuesta suya agriase la destemplanza del hijo, enfiló á la cocina, volviendo á poco con unos trozos de jamón crudo y unas lonchas de bacalao frito.

—Come eso, pondré otra cosa para la noche.

Apenas hubo depositado la anciana el comestible sobre la mesa, se desperezó Leoncio con un crujido de la silla que le sustentaba. Sus ojos, de avieso mirar, pasaron de su hermano

á la comida y con la mayor naturalidad alargó la diestra para coger una de las tajadas. Hilario no fué dueño de enfrenar su indignación...

—Quita allá; bruto—díjole retirando el plato con violencia.—Te figuras que no hay en el mundo comida más que para tí...

Sin visible contrariedad, Leoncio insistió en clavar el tenedor en una loncha de bacalao. El hambre insaciable, el hambre voraz espoleábale contra todo respeto, y como viese que Hilario se obstinaba en la negativa, se abalanzó á la mesa con el intento de atrapar las viandas. Entablóse una lucha á brazo partido entre los dos hermanos, á la vista de la anciana, que empezó á llorar desesperadamente. Al principio no se golpearon, limitándose Hilario á esconder bajo su cuerpo el plato que contenía el jamón y Leoncio á intentar arrebatárselo por la fuerza. En uno de los encontrones que se originó de la pendencia, cayóse el primero al suelo y su bárbaro competidor se abrazó á él, resuelto á cobrar el comestible. El plato se había roto, pero las tajadas fundidas en una masa polvorienta, cayeron bajo el cuerpo de Hilario, que las defendía con sañuda tenacidad. La vieja, entretanto, corrió al cuarto de enfrente á

pedir socorro al vecino. Los dos hermanos forcejeaban en el suelo.

—¡Que no te lo llevas!—decía con ronca y entrecortada voz Hilario.

El otro, en silencio, apretaba los músculos para agarrotar los brazos de su hermano. Hubo un instante en que las manos de Leoncio, aferradas á los hombros de Hilario, se corrieron, por un encogimiento de éste, al cuello, y el hambriento apretó. Apretó sin compasión con exaltada fuerza como quien se ase de un cable al borde de un abismo.

De allí á poco regresó la madre deshecha en lloros, en compañía de un vecino que venía á poner paz entre los hermanos. Leoncio, sudoroso y con las ropas desgarradas, disponíase á comer sentado en el suelo el jamón y el bacalao, amasados á pisotones. Cerca estaba Hilario, tendido boca abajo. Según todas las trazas dormía.

JUVENTUD

—

Al maestro Blasco.

JUVENTUD

—

La última calaverada de Alfonsito le puso á pique de perder la vida. Un alarde de guapeza por estímulos del mujerío, delante de varias hembras, le costó una tremenda puñalada, que á no ser por el recio cinturón de cuero que usaba el señorito le hubiese echado fuera los redaños.

El médico de la casa de socorro se limitó á darle tres puntos de sutura á flor de piel, pronosticando el alta para de allí á poco.

Repuesto á medias de la emoción que le cohibiera al verse acometido airadamente de su

adversario, hízose conducir Alfonso á su domicilio y subió con firme planta los veinte escalones que encaminaban desde el zaguán á su vivienda. En el rellano se detuvo para enmendar el desorden de su traje, no porque le sobrecogiera la preocupación de su desaliño, sino mirando á no herir el recelo de su madre. Limpió el sombrero con la bocamanga del gabán, y como advirtiese manchas de sangre impresas á lo largo del rayado pantalón, se abrochó de arriba abajo, colándose en su casa con aparente desgaire.

—¿Y mamá?—preguntó al criado que le recogía el paletó y el sombrero.

—La señora salió muy temprano á misa. Creo que ha ido, como de costumbre, á la residencia de los padres...

El joven luego de mirar distraídamente el reló quedóse pensativo. Eran las ocho de la mañana. La claridad de un día invernizo entraba cernida al través de las cortinas y los visillos de los balcones, é impetuosas ráfagas de viento hacían tiritar los cristales. Andaba la servidumbre de aquí para allá en el aseo de la morada, con escobas, zorros y plumeros, y nadie extrañó que se recogiese el señorito ya entrado el día. Nocharniego empedernido, á ma-

tar con todo lo que tirase á regularidad, Alfonso autorizaba una leyenda de calavera que corría de puertas adentro para tribulación de su madre y regocijo de los criados. La anciana, poco dispuesta á la indulgencia, reprobaba con acritud los hábitos de su hijo; y aunque le creía temporalmente sojuzgado por el demonio, cada escándalo en que Alfonso se mezclaba era para doña Mercedes una pesadumbre más. Sola y sin otro apoyo que el de aquel hijo que se descarriaba de la senda honesta en que fué educado, la anciana se hubiera muerto de pena, á no sostenerle los piadosos y sanos consejos del padre Miguel, jesuíta de aquilatada virtud, que era su asesor en todos los trances de la vida. No tenía que absolverse doña Mercedes de ninguna condescendencia culpable con su hijo.

De niño y de mozo le subordinó á la disciplina más severa, apartando de su camino cualquier sombra de tentación. Interno primero en los Escolapios y sometido después al sabio plan educador de los jesuítas, alcanzó Alfonso los veinticinco años con abundante copia de buenos ejemplos que imitar. Celosa doña Mercedes del recato de su hijo, le recomendaba incesantemente que se propusiera por modelo á

San Luis Gonzaga, cuyo temple espiritual podría servir de pauta reguladora á la juventud, exhortándole de pasada á ganar con la humildad la eterna bienaventuranza. Sin perder ni un momento de vista que la ocasión trae consigo el pecado, desvivíase doña Mercedes porque Alfonso no frecuentara el trato de personas poco temerosas de Dios, y hasta llegó á prohibir dentro de su casa otra servidumbre que no fuese masculina, con excepción, naturalmente, de la doncella de la señora, en quien los años y los padecimientos acabaron por borrar todo vestigio de sexo.

Así se crió Alfonso en un ambiente de austeridad que la riqueza y el bienestar hacía templado y llevadero.

De él no pudiera decirse sin manifiesta injusticia que era malo. Su condición le empujaba al buen obrar, y si el primer estímulo de sus acciones no hubiera sido la vanidad, pueril comezón de sobrepujar en todo á los demás, pasaría Alfonso por dechado de mozos.

El persuadirse temprano de que con dinero y audacia son contadas las empresas que no se ganan, le maleó un tanto el carácter, pero, sin desnaturalizar lo mucho noble que había en él. Verle con dos carreras concluídas, la de Leyes

y la de Filosofía y Letras, fué para su madre algo así como un anticipo de gloria que le hacía Dios. Alentado por los benditos padres que continuaban asistiéndole con su consejo, ensayóse Alfonso con escaso lucimiento en el foro.

La profesión ardua requería estudio, y el chico era de los que creen á pies juntillas que fuera de lo que enseñan en la Universidad apenas si quedan unas cuantas bagatelas que aprender. Si alguna vez intentaba posar los ojos en un libro, disuadíale doña Mercedes de que se calentase la cabeza.

—Ya sabes bastante, hijo mío—decíale con ternura y, por si vienen mal dadas, cuando yo falte, tienes dos carreras...

La pereza de Alfonsito adormecíase aún más con el beleño de la amonestación maternal y los libros de derecho, y los tomos de consulta fueron pasando por turno á un desván contiguo á las habitaciones de los criados. El chico, afanoso por distinguirse en algo, buscó el desquite en otro campo de más riesgo: se hizo pendenciero. Alternó en francachelas nocturnas con gente de dudoso vivir, y su espíritu sediento de aventuras en que ostentar la majeza encontró en los cafés de guitarra y pataleo lo

que anhelaba. Al principio, sus pujos de procacidad cayeron en gracia. La gente que bebe y se pelea en un dos por tres, le toleró porque sabía pagar muchas rondas de cañas; pero, al cabo, una noche en que Alfonsito se propasó alzando la mano más que la palabra, un guapo le asestó una puñalada, que por poco le cuesta la vida. En plena calle lo recogieron manando sangre...

No vivía doña Mercedes ajena al descarrío de su hijo. Le constaban puntualmente sus travesuras; pero, la diligencia maternal era ineficaz para reprimirlas. Sus quejas iban á parar al padre Miguel, cuya buena voluntad no alcanzó éxitos mejores. El virtuoso padre que visitaba á menudo á la familia, reprendía con moderación al mozo, cuidando de no remover demasiado el fermento rebelde que la libertad formó en su carácter. Quiso aficionarle á las ocupaciones serias, que traen sosiego al alma, é intentó despertar en él la noble ambición de distinguirse en el Parlamento. Cabalmente, por aquella fecha, rehacía sus huestes el partido católico, y Alfonso hubiera logrado apoyo muy firme para su candidatura. Todo en vano. El chico se obstinaba en la irregularidad de un vivir escandaloso, y no quedaba otro remedio

que esperar la intervención milagrosa de la Providencia.

Aquella mañana doña Mercedes, más inquieta que nunca por la tardanza de su hijo, encaminóse muy temprano á la residencia de los padres jesuítas. Oyó misa con exaltado fervor, y al volver á su casa acompañada de una muchacha, preguntó á un criado si el señorito se había recogido ya. Con la afirmativa, encaminóse á las habitaciones de Alfonso, que dormitaba entre espasmos de fiebre. Una oleada de aire cargado de iodoformo la contuvo en el umbral. Prendió en su alma la sospecha de que su hijo estaba herido y á palparle en el acostado cuerpo se lanzó. Alfonso procuraba tranquilizarla.

—No es nada mamá. Hemos ido temprano Soto y yo al picadero y me he caído de un caballo...

La anciana lloraba desconsoladamente. Rebelde al convencimiento de que su hijo no corría grave riesgo, apretujaba el pañuelo contra los ojos para desvanecer la terca visión de su imaginada muerte. El sobresalto de la pena fué tan rudo, que ni aun llamar un médico se le ocurrió. Creía asistir á la despedida del alma de su hijo, y no se apartaba de su lado, teme-

rosa de encontrárselo, al volver, exánime. El, muy sobre sí, trataba de calmarla.

—Mamá, por Dios, si no es nada. No pasa de un chichón. No hay motivo para esa llorera...

Doña Mercedes, callada, fué recobrándose poco á poco. Cedía su dolor con lentitud, esquivo á los consuelos repentinos. De cuándo en cuándo una lágrima rodando por sus fruncidas mejillas iba á caer sobre las frazadas de la cama en que yacía el herido. Los postreros latidos de su pena fueron aquellas gotas de agua amarga y tres ó cuatro suspiros muy hondos.

—Carmen—dijo dando cara á la muchacha que se había quedado plantada en el umbral—Diga usted que avisen al médico de casa... A escape.

El herido se volvió para mirar á la nombrada. Era esta una moza de aventajado talle, sanota, rubia, con ojos azules y llena de carnes. Un tipo del norte. Alfonso la examinó con atenta curiosidad, sorprendido de ver una mujer en su alcoba.

—¿Quién es, mamá?—preguntó á doña Mercedes, luego que se hubo marchado la sirviente.

—Viene á casa recomendada por las señoras

de la conferencia y también por el padre Miguel. Se ha educado en el Colegio doméstico y es muy hacendosa.

El herido guardó silencio. Trazaba su pensamiento quiméricos planes de enmienda cuando retornó la muchacha cumplido el encargo. Alfonso, buscando un pretexto para que se aproximara, pidió de beber. Y en tanto que ella disponía el refrigerio sobre el velador de cabecera, el mozo besaba con mimosa ternura á su madre.

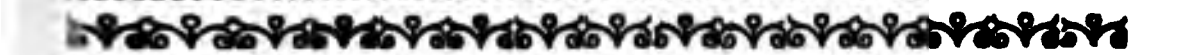
—¿Vida nueva?—preguntó la anciana exigiendo con la mirada la promesa.

—Vida nueva, mamá. Yo te prometo formalmente corregirme. Por de pronto, no salgo de casa en un mes.

Doña Mercedes sonreía complacida mientras Rebeca daba de beber al herido.

SENSUAL

A JACINTO BENAVENTE.



Sensual.

—

Longus amor tales corpus tenuitivitin usus.

OVIDIO

COMO advirtiera Cesáreo Vivar que alguien abría con tiento la puerta de la alcoba, se incorporó sobre las almohadas.

—Ana María, ¿eres tú?—preguntó á media voz, una media voz de enfermo del pecho, jadeante y desfallecida.

—Entré por ver si el señorito dormía. Me mandó la señora. ¿Ha descansado el señorito? ¿Se le ofrece algo? ¿Le traigo la medicina?

—Eres un vendaval cuando preguntas—díjo-

la entre festivo y displicente. Ante todo, abre las maderas, que entre la luz...

La muchacha obedeció. Solícita y ágil llegóse á la ventana, descorrió el cortinón, hizo girar la falleba, plegó las maderas, y luego de haber ceñido la cortina con sus abrazaderas, plantóse otra vez junto á la cama del enfermo, en espera de órdenes probables. Hubo un silencio que se prolongó cinco minutos.

El sol, en el declinar de la tarde, enviaba al pobre tísico una sonrisa de luz, una luz mortecina, que al pasar por el jardín había recogido la tolvanera que esparcen las flores...

—¿Qué hora es, Ana María?—preguntó Cesáreo Vivar.

—La señora salió á eso de las tres y media con doña Petra Benavides. Dijo que volvería pronto, y ya hace un buen rato que se fueron. Así es que...

—No te he preguntado á qué hora salió mamá, sino qué hora es. No hay modo de que contestes á derechas. Llégate al comedor y mira el reloj.

Cohibida por el inesperado réspice de Cesáreo Vivar, salió la criada.

El joven dejó resbalar su cuerpo bajo las frazadas, y se abandonó de nuevo á la soñolen-

cia de que momentos antes le sacara la muchacha. Sentíase extenuado como nunca. El menor esfuerzo de voz, la menor insistencia en el mirar, la más pequeña tensión auditiva por retener un sonido, le fatigaban extremadamente; como si todas sus energías vitales propendiesen á abandonarle, escapándose por sus sentidos. Y de un afanoso deseo de conservar la vida que le huía, se derivaba el hábito de soledad y silencio que se impusiera á partir del instante en que un médico amigo de la familia, le dió por desahuciado. La idea de la muerte fijósele en el alma con aterradora tenacidad, y él no quería morir.

«La vida—pensaba Cesáreo Vivar en sus monólogos internos—no reside en una zona determinada de nuestro cuerpo. Está repartida, desparramada á través de nuestros sentidos, que son otros tantos bolsillos en que guardamos ese capital de energías que forma la base de la existencia. ¿Cómo retenerla? ¿Cómo impedir que nos abandone? Pues, sencillamente. Incomunicándonos con el mundo exterior, recogiéndonos en soledad anacorética, cerrando las vías por donde nuestra vida se va en sensaciones. No ejercitando la mirada, no hablando, no oyendo, no prestando atención

á lo que nos rodea, no interesándonos por nada. Si el amor practicado con generoso despilfarro de emociones, acaba por consumir los elementos más sanos de nuestro ser, la sustancia animadora de la generación futura, lo que hay de sagrado en nosotros, porque es el mañana de la raza, ¿qué fracciones vitales, qué energías nos son arrebatadas cuando ejercitamos otros placeres; el goce visual que da la contemplación del desnudo, la delectación auditiva que nos procura una sinfonía de Beethoven, la voluptuosidad que nos infunden ciertas flores, ciertos perfumes, el estremecimiento sensual que nos produce todo femenino contacto?

¿Qué contribución vital pagamos á la belleza que nos turba, que nos cautiva, que nos seduce? Las sensaciones, encadenándose al modo que las olas en la infinitud del tiempo, baten un día y otro en la roca de nuestra vida y acaban por socavarla. Evitémoslas. Pero—y aquí se le imponía á Cesáreo Vivar el otro aspecto del problema—pero, vegetar ¿es vivir? Condenarse á la irremediable pasividad del bruto, á la sombría existencia del hombre inferior, que come sin tasa y sin elección, que bebe sin deleitarse y sin que los vapores del alcohol iluminen su pensamiento, que no goza por el ol-

fato, porque el hábito de atmósferas malsanas se lo ha anulado; que no disfruta con el oído, porque la música es para él un secreto indescifrable; que no es capaz de apreciar ninguna de las variedades del arte porque la educación rudimentaria de sus sentidos se lo veda; vivir así, ¿es vivir?...

En ese trecho de sus meditaciones andaba Cesáreo Vivar, cuando tornó la criada muy solícita y diligente.

—Señorito César, hace un momento dieron las seis. Acaba de entrar la señora.

—Anda y dila que voy á levantarme. Tengo el cuerpo entumecido de estar en la cama. Luego os habeis empeñado en cerrar esto á piedra y lodo...

—Es por temor de que el señorito se enfríe —aventuróse á decir la criada, con estudiado mimo en la voz.

—Claro. Mamá y tú temeis que las heladas de Junio me corten el aliento. Sois todas de de una ridiculez cargante... (pausa). Mira; en lugar de estarte ahí hecha un pasmarote, alárgame las zapatillas y mi ropa...

Salió la criada y se rehizo el silencio. Cesáreo Vivar comenzó á vestirse con lentitud de convaleciente. Sentado en el borde de la cama,

se acomodó los pantalones, calzóse unas zapatillas revestidas de lana por dentro, se echó un gabán de paño, y luego de ajustarse á la cabeza una boina al estilo vasco, irguióse enfrente del espejo. La media luz crepuscular, fundiendo en un tono común los contornos de los objetos diseminados en la alcoba, hizo que la imagen del joven se reflejara sobre un fondo de obscuridad, que dió á su figura quimérico relieve. Se creyó un aparecido. Tan desmejorado se halló. Y pudo notar sin el menor esfuerzo que de la palidez exangüe de su rostro destacaban sus ojos enfebrecidos y tristes, que brillaban en la penumbra del cristal...

Cesáreo Vivar anduvo algunos pasos trabajosamente, abrió la ventana que daba sobre el jardín de la casa, y se apoyó de codos en el alféizar. Y en la calma augusta del anochecer dejó que sus pulmones debilitados se nutriesen con el aire fertilizador que venía de los campos cercanos.

Bajo un cielo llameante, la tierra parecía amodorrada. Todo estaba mudo en el jardín: los pájaros, los árboles, las flores. Debajo, casi á plomo con la ventana, veíase el cenador, cuyos portillos se abrían durante la noche. Cesáreo Vivar, de codos en el antepecho, cedía al

encanto de las cosas exteriores. Aquel inesperado despertar de sus sentidos al aire campesino, le embriagaba. Un poco de dicha se le metía en el alma. Al cabo de un largo encierro, entraba otra vez en comunión íntima con la naturaleza, la gran voluptuosa. Contemplaba el cielo y la tierra, abrazándolos con los ojos. Al declinar el sol, había dejado tintas opalinas en la altura, y muy lejos, en el confín más remoto del cielo, un grupo de nubes de color terrizo, inmóviles en la inmensidad, semejaban á una caravana perdida en el desierto. Una melancolía ensoñadora, vago deseo de vivir y de morirse, de prorrumpir en lloros y de reir á un tiempo, le invadió el alma. En aquel instante sus pensamientos se tiñeron de lirismo, y sus labios desgranaron las rimas de un gran poeta.

Je fais souvent ce reve etrange et penetrant
D'une femme inconnue et que j'aime et qui m'aime
Et qui n'est chaque fois ni tout á fait la meme
Ni tout á fait une autre et m'aime et me comprend
Car elle me comprend et mon coeur trasparent
Pour elle seule helas! cesse d'etre un probleme
Pour elle seule et les moiteurs de mon front bleme
Elle seule les sait refraichir en pleurant...

...Y los sonoros versos del tierno Verlaine

monodiados en voz baja, difundieron en su sangre un soplo de juventud, y el odorífico aliento de las hortensias y de las begonias, que subía del jardín como un incienso de flores, condújole por el estímulo de una viva sensación alfativa á pensar en las mujeres que él había amado en otro tiempo...

—¿Qué hace usted ahí, señorito, con el cuerpo fuera de la ventana? ¡No ve que se va á enfriar? — exclamó Ana María desde la puerta,poniendo en la voz un poco de impaciencia...

Estas palabras de reconvención atrajeron á la madre de César. Era una señora alta y delgada, y su fisonomía angulosa acusaba un carácter entero y despótico. Ni un asomo de ternura se traslucía en sus ojos grises, de mirar varonil y sostenido. Vestía con austeridad un hábito del Carmen, y en el remate de la correa que pendía de su cintura usaba corona de oro. A su entrada en la alcoba del enfermo, esparció con el vuelo de sus vestidos un vaho de mejorana exquisito.

—Te conduces como un chiquillo, César— dijo en son de amonestación.—¿No sabes ya que el aire de la noche te hace daño? (Pausa.) Te has propuesto matarte y matarnos á todos

á disgustos. Ni el mísero chocolate puede una tomar con tranquilidad...

El joven no despegó los labios ni se movió. Parecía muy distraído. Nunca discutió con su madre ni se le opuso en ningún caso; pero ahora, cuando más asistida de razón se mostraba la señora, Cesáreo Vivar advertía que se despertaba en él un obscuro fermento de rebelión. No se movió.

—¡Ana María!—gritó la señora con iracundo acento;—cierra esa ventana y echa el cortinón... Ya es hora de que se acueste el señorito.

Y salió.

Cesáreo Vivar, así que se hubo marchado su madre, se dejó caer en un butacón. La flojedad muscular, la laxitud de espíritu, la sensación de abandono, la tristeza inmensa que experimentan ciertos enfermos al anochecer, acabaron de enervarle. Ana María cerró la ventana enseguida, y como el joven apuntara el deseo de acostarse, la muchacha comenzó á mullir los colchones y á orear las sábanas y las frazadas sacudiéndolas ruidosamente. El señorito la miraba.

Y quizás por la primera vez en su vida echaba de ver que Ana María excedía en belleza á muchas de las mujeres que él había poseído.

Sin pulimentos aristocráticos, era muy garbosa muchacha. Naturalmente desenvuelta, movía las caderas con espontáneo abandono, y al tiempo de agacharse para sujetar los cabos de las mantas entre los colchones, las morbideces de su cuerpo juvenil se acentuaban con sensual relieve.

Hubo un instante en que la mirada de Cesáreo Vivar al chocar con los ojos serenos de la moza, expresó un deseo que ella adivinó á escape.

El joven, cegado por una postrera codicia, se alzó del butacón dando algunos pasos hacia la muchacha.

—¡Ana María!—exclamó en voz baja, una voz desfallecida de enfermo que se muere.

—¡Ana María!...

Ella se irguió altanera y ágil, y antes de que las manos de Cesáreo Vivar rozaran con sus vestidos, dióle un empellón, y el joven cayó á los piés de la cama, derribado, casi inerte...

Ana María, en salvo ya, ganó la puerta. Volvióse como para medir el riesgo que había corrido, y el espectáculo que allí dejaba la entristeció.

Un sentimiento de lástima profunda ilumi-

nó su alma, inspirándole el deseo de reparar el daño.

Se aproximó á la cama, recogió al joven, desnudóle y le acostó.

Antes de retirarse le arropó amorosamente, castamente, y sin sombra de rencor.

Cesáreo Vivar sollozaba...

LA CITA

—

A José Francos Rodríguez.



LA CITA

—

—¿Irás?

—Allá veremos. Haré un esfuerzo.

—Eres un dechado de descortesía. Nadie se niega á la invitación de una dama.

—Quita, mujer. No me vengas con remilgos. Ni tú eres dama, ni tu señorío se cotiza en ninguna parte...

—¡Mal educado! ¡Grosero!

—*¿Ca te fait du mal ma petite chatte n'est ce pas?*—preguntóla él con agresivo retintín.

—Repito que careces hasta de la más elemental crianza. Te conduces como un cochero...

—Y tú como una golfa; es decir, como lo que eres...

Este diálogo, con frases aún menos veladas y pulcras, mantenían por teléfono Matilde Zabala y Luis Casa Brede. Era aquel ir y venir de palabras, de plebeya extracción gramatical, como lo preliminar de toda cita de amor. Aunque aparentara pudibundas rebeldías, á ella la encantaba el vocabulario del mozo. Gustaba en el trato hablado de las frases agudas y audaces que trascienden á obscenidad; y en las relaciones amorosas prefería el abrazo viril que descuaja y domina al besuqueo mimoso á flor de piel. Nadie, viéndola tan escurrida de carnes, y mucho menos atendiendo á la expresión de vaga idealidad que había en sus ojos claros, hubiera recelado los masculinos ardimientos sensuales de aquella mujer. En la Peña se citaban sus alardes de resistencia entre los brazos de un hombre, como se pondera el vigor de un gimnasta para levantar un peso. Su amante de turno era un sudamericano enjerto en inglés, de fornidas espaldas y moreno rostro, uno de esos hombres que podrían alquilarse como «soleras» de humanidad, por su inagotable vena genérica. A Matilde la encantaban su cínica rudeza de expresión y el brío caliente con

que la poseía. Él, incapaz de la menor ternura sentimental, concluyó por despertar en ella uno de esos amores tempestuosos, que se resuelven en alegrías delirantes, en borracheras de pasión y en desalientos suicidas. Le hubiera inmolado su vida con la misma sumisa fidelidad con que le sacrificaba su honra en pleno día, sin entapujarse con previsores disimulos. Cuando se refería á él, le llamaba «mi amante,» con el acento que hubiera empleado una monja trapense para decir «mi Dios.»

Aquella tarde vistióse con coqueta proligidad. Jamás recordaba haber gastado tanto tiempo en su femenil aderezo. Erguida enfrente del espejo, la actitud complacida de la rubia se reflejaba en el seno cristalino de un armario de luna, como en un baño de aguas profundas y quietas.

Vestíase sola. Algo de pudor elegante, esquivo á todo lo que fuese mostrar desnudeces, y un aislamiento voluptuoso que se recreaba en la contemplación de la propia belleza, excusaban á la dama de la ayuda de su doncella. En su diaria confidencia con el espejo, la repugnaban testigos. Ella se bastaba.

Luego que se hubo lavado y secado con una toalla de esponjoso algodón, alisóse el pelo

y se lo fundió en una sola trenza, que vino á tomar en lo alto del peinado con la ayuda de unas horquillas de concha, la forma de un rodete romano. Poseía Matilde el sentido íntimo de su propia belleza, dón raro que completa la elegancia de la mujer, porque la guía en la elección de su tocado moviéndole á preferir ciertos colores que mejor encuadran su física hermosura.

Perpleja unos minutos enfrente de su guardarropa, decidióse por un vestido de terciopelo gris con el delantero guarnecido de lentejuelas y un bolero elegantísimo, abierto sobre unablusa de muselina de seda blanca, ambas prendas muy recomendadas á la sazón por los patrones de la moda parisiense.

El vestido de terciopelo gris y la cumplida capa de astrakán de seda en que se arrebujó luego de ponerse la capota, dábanle apariencia de mujer norteña, semejante á esas *ladies* rubias y adustas que solemos ver en las ilustraciones inglesas.

Trasponía el umbral de la puerta cuando se detuvo.

—¿Se olvida de algo la señora?—interrogó la sirviente con oficioso mimo.

—Sí. Llégate á mi cuarto y tráeme el Kem-

pis que está sobre el velador de cabecera. Entre tanto voy á coger unas flores en el comedor.

Desembarazóse Matilde de su capa, se aproximó á la mesa, y desgajando del ramo central cuantas violetas y jacintos había, se los puso en la cintura. Las flores distribuídas á lo largo del talle parecían incensar el corazón de la dama.

El pensar que iba á una fiesta de amor avivaba en ella las secretas ternuras de su xeso y el afán desapoderado de seducir con la elegancia que espolea á toda mujer mundana. No sentía esas mortificadoras impaciencias, que vienen á ser la salsa del amor clandestino. No. Casada y rica, privada de una familia que sojuzgase su voluntad, Matilde hacía, sin reñir abiertamente con las conveniencias sociales, cuanto la daba la gana.

Su marido no la infundió jamás inquietud.

¿Qué hace tu esposo durante el año? solían preguntarle sus amigas sorprendidas de no verla con él en público.

—Pues, cazar. Se le va la vida en el coto. Entre las liebres y los ciervos se encuentra como en familia...

Alegre y osada, bajó las escaleras de su casa, y al pisar la calle de los Caños un vagido de

inquietud le turbó el corazón. ¿Por qué ¡Quién sabe! La tarde, con ser primaveral, irradiaba tristeza sobre las personas y las cosas. Allá lejos, el sol, circundado de tintas iridiscentes disputábase con una nube parduzca, inmensa y ramificada como un monstruo de muchas patas, el dominio del cielo. Y era angustioso seguir con los ojos las peripecias de aquel callado pugilato.

Matilde consultó su reloj, y vió que eran las cuatro y media.

—Aguardaré á que sea un poco más tarde —pensó.

Y como llevaba el Kempis en el bolsillo, entróse en San Ginés á rezar una estación. Anduvo algunos pasos y se hincó de rodillas casi en el centro de la nave. Una vieja que oraba de cara á una de las capillas laterales, volvióse para mirarla con inquisitiva severidad. Matilde abrió el piadoso libro y leyó: «El que no está dispuesto á sufrirlo todo y á hacer la voluntad del amado, no es digno de llamarse amante. Conviene al que ama, abrazar de buena voluntad por el amado todo lo duro y amargo, y no apartarse de él por cosa contraria que acaezca.» La desenvuelta rubia se mostró sorprendida. ¿Qué extraño sentido tenían aquellas palabras

del Kempis que el azar la indujo á leer? ¿Significaban un mandato? ¿Una recomendación moral? Asociando las frases del libro á su situación, no pudo menos de sonreir con femenina travesura.

—¡Estaría bueno que yo acatase el precepto! —pensó mientras se persignaba devotamente.

Y para su fuero interno prometióse olvidar su reciente lectura. Al salir vió que llovía. Del cielo, empardecido en una gran extensión, fluía un agua menuda, cernida, desesperante. Aquella contrariedad despertó en los nervios de Matilde una protesta de enojo. ¿Por qué llovía cuando ella iba á una cita de amor? Al llegar á la Puerta del Sol vió que el reloj señalaba las cuatro y media, circunstancia que le decidió á tomar un coche.

—A la calle de Bravo Murillo—dijo al cochero—yo advertiré dónde ha de parar.

Y metiéndose en el simón desmantelado, se arrebujó en su capa. Antes de que el coche arrancara, advirtió al auriga que se desviase de la calle de los Caños. Echó á andar el vehículo con penosa lentitud, como si la lluvia de la tarde primaveral apesadumbrase al pobre jamelgo que tiraba de él. Emprendió el coche la ruta por la calle del Arenal, y embocando la

de Campomanes se metió en la plaza de Santo Domingo, donde un ómnibus les interceptó el camino. El incidente resolvióse con un cambio de blasfemias entre los aurigas. La dama, asomada á los cristales por divertir su aburrimiento, sufría lo indecible.

En esto, su mirada, errando á la casualidad, tropezó con la de un sacerdote, que marchaba á pie por la acera en sentido contrario. La mirada del cura antojósele tenaz y recriminatoria. El temor, que empezaba á invadirle el alma, le hací ver fantasmas, y los menores indicios eran para ella pábulo de las peores sospechas.

En esto advirtió que paralelamente con el coche, acaso en la dirección de la sacramental de San Luis, marchaba un entierro. Vió el carro mortuorio de mísero atalaje, los caballos empenachados y cubiertos con sus gualdrapas orilladas de oro; vió el ataud solo, sin una corona, solemne, lastimoso en su abandono; vió que detrás marchaba un carruaje con las cortinillas echadas, y aquel espectáculo la anegó en tristeza. Ni un instante se paró á conjeturar quién podía ser el muerto. Contentóse con llamar en los cristales delanteros, recomendando al auriga que acelerase la carrera.

Enfrente de la calle del Pez hubo de detenerse el simón. Cuatro compañías de cazadores bajaban en traje de faena por la calle de San Bernardo y enfilando la de los Reyes, se dirigieron al cuartel de la Montaña. Otra vez el carro mortuorio emparejó con el coche que conducía á Matilde.

El deseo de aliviar su contrariedad sugirióle la idea de asomarse. Apenas caidos los cristales, el estrépito callejero la aturdió.

Y á su pesar seguía viendo el carro mortuorio, los caballos empenachados de luto con sus gualdrapas orilladas de oro y, sobre todo, llenándolo todo, imponiéndose á todo, aquel ataúd sin una corona, solemne y lastimoso en su abandono, triste con la misteriosa tristeza de lo ultramundano.

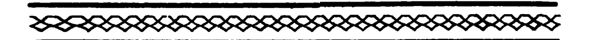
La dama no pudo más. La faltó entereza para continuar aquel viaje furtivo hacia el amor llevando por compañera la muerte.

—¡Cochero!—dijo asomándose.—¡Vuelve! ¡Déjame en la Puerta del Sol!...

En el agonizar de la tarde, moría todo; el sol, vencido por la gran nube parduzca de los brazos tentaculares, y el amoroso capricho de Matilde anegado en la profunda melancolía de la eternidad que acababa de pasar á su lado...

LAZOS ROTOS

A RAMÍREZ DE MAEZTU.



Lazos rotos.

—

HAMLET. ¿Is this a prologue or the posy of a ring?
OFELIA. Tis brief, my lord.
HAMLET. As woman's love.

Se marchaba. Ruegos y lágrimas, aunque procediesen aquéllos de los labios queridos de su hermana y fluyeran éstas de los ojos de su madre, carecían de eficacia para torcer su voluntad. Su resolución, por lo inesperada, sembró el estupor y la pena en la familia. Nadie sabía á qué atribuirla. No precedieron al proyecto de viajes ni inquietudes ni descontentos. Era, por las trazas, feliz. No se interrumpía su

digestión, ni se poblaban de pesadillas sus sueños; el dinero, si no le sobró, tampoco tuvo duraderas ausencias de su bolsillo. Amaba á los suyos; era amado; se reconocía y tasaba su talento con largueza, y eran muchas las personas que velaban celosamente porque su porvenir no se malograse. En sus cuentas con el amor, tampoco había contra él ningún déficit de penas que el tiempo no pudiera saldar.

Quiso una vez con ternura sensual, epidérmica; con la ternura que consiente el goce sin dejar luego escozores dolorosos. No llegó á padecer una pasión, lo cual hubiera equivalido á morar en una sucursal del infierno; pero, su amor tuvo agridulces alternativas de cóleras solitarias y de besos frenéticos. Finalmente, olvidó y le olvidaron.

—¿Qué locura te ha dado, hijo mío? César, por Dios, mira lo que vas á hacer...

El, sentado en el borde de la cama, cabizbajo y ceñudo, parecía no escuchar. Fumaba con ansia febril, apretujando el cabo del cigarro entre sus dedos. De vez en cuando miraba con vaga atención la ceniza como si le interesase ver el tabaco trocado en pavesas.

Su hermanita, de bruces á los piés de la cama, lloraba en silencio. Era el penar de la ni-

ña un penar callado, sin la agitación de los sollozos, casi mudo como si sus lágrimas, el agua amarga del dolor, rodase hacia dentro. La madre, en chinelas y sentada junto al lavabo, no apartaba los ojos de César.

—Mamá— dijo él con naturalidad—es inútil que te canses. Me marcho.

La niña se incorporó para mirar aterrada á su hermano. Había una angustia tan acerba en aquella mirada, que César se sintió herido de emoción. Quiso, de todos modos, no prolongar una escena de lágrimas y de reproches que le lastimaba, y empezó á desnudarse, presumiendo que le dejarían solo en la alcoba.

—Vamos á ver; sepamos qué motivos tienes para dejarnos—exclamó su madre con vivacidad, levantándose.—¿Por qué te vas? ¿Qué te sucede? ¿Qué echas de menos?...

—De menos, nada mamá—repuso él con involuntario dejo de ironía.

—Entonces, te sobra algo, ¿no es así?—continuó con agresiva vehemencia—¿Te molesta algo de lo que hay en casa?..

—Creo, mamá, que lo mejor es no entrar en explicaciones—replicó él ya en mangas de camisa.—No tienes por qué exaltarte. Todo se queda lo mismo, aunque yo me vaya...

Ella, que era sagaz, entrevió en aquella comedida respuesta el motivo probable de la ausencia de César. Aunque en el trascurso de las relaciones que mantuvo la viuda con un amigo de su esposo se recató lo bastante para que la murmuración no cundiera, no pudo evitar que su hijo se enterase. El era observador y terco y—caso poco frecuente en la juventud—dudaba de todo. No era en él la desconfianza, como en la mayoría de los temperamentos analíticos, una exaltación de la curiosidad, sino el hábito enfermizo de un espíritu incurablemente triste. No procedía en sus indagaciones con calculada malevolencia, pero casi siempre los hechos se encargaban de confirmar cualquier mal recelo que le guiase.

—Si te dejas llevar por lo que se murmura—enunció ella adelantándose á una acusación probable—demuestras poco talento...

Y como él guardara pertinaz silencio, ella añadió:

—Hay mucha gente que se alimenta de calumnias, y en cambio no repara nunca en las buenas acciones...

César no pudo menos de sonreir.

En aquel momento compadecía muy de veras á su madre; y hubiera dado veinte años de

su vida por ahorrarla el martirio de una confesión. Sobre que el sincerarse nada vendría á remediar, ya que él estaba resuelto á la separación definitiva, César temió que cualquier palabra de cierto sentido pusiera á su hermana en autos de la vergonzosa verdad. Para evitarlo, se decidió á hablar.

—Mamá, estoy cansado y quisiera dormir. Mañana nos queda todo el día para entendernos.

—De modo que ¿cuándo te vas?—le interrogó la niña con embargada voz.

—No lo sé á punto fijo. Tal vez pasado mañana... Jiménez me recomienda que tome en Cádiz el vapor que sale el 10. Estamos á 7...

Hubo un silencio, que si dejó suspensas las palabras, no puedo enfrenar el vuelo de los pensamientos.

El muchacho medía con la imaginación su inmensa desgracia; la niña, desolada, encomendábase á Dios para que torciese los proyectos de su hermano; y la madre, doña Mercedes, parecía fluctuar entre la indignación y la pena. Su delicado cuerpo de formas gráciles y desgarbadas, tiritaba nerviosamente como si padeciera fiebre, y sus ojos azules, unos ojos de niña, expresivos y serenos, íbanse inyectan-

‹lo de sangre. Dos ó tres veces miró á César con punzadora mirada, sin que sus labios profiriesen una queja ni un reproche. Luego, ahogada por el dolor, se deshizo en llanto... Lloraba en silencio.

—Vete á la cama, Luisita—dijo el mozo á su hermana.—Yo cuidaré de mamá.

La niña obedeció con inmediata docilidad. Si su hermano la hubiese mandado á la muerte, á la muerte hubiera ido. Le quería con ciega adhesión, como si su vida se rigiese por los mismos cardiacos estímulos que la vida de su hermano, ni más ni menos que si fueran una sola persona. Sentíase en la orfandad más ligada á él que á ningún otro ser, y hasta solía reprocharse que el recuerdo de César influyera en ella más que las tiernas amonestaciones de su madre.

Una vez á solas, doña Mercedes se desató en improperios contra el hijo que emigraba.

—Eres un desalmado, no tienes corazón—decíale con entrecortado acento;—y ojalá te quepa la misma suerte que á mí. Algún día te acordarás... ¡Si tu padre te viese!...

César, herido en lo vivo, se irguió. Aunque la tentación de hablar le asaltara, todavía encontró razones para callarse. Quería á toda

costa impedir que la pena de su madre se exacerbase, y antes de imponerla una humillación, por leve que fuera, se habría matado.

—Mamá—le dijo con blandura—te conviene descansar. Hablaremos mañana, y tendrás tiempo para hacerme los cargos que quieras...

Retiróse doña Mercedes sollozando. César, vencido de la pesadumbre, se quedó en la alcoba. Las heces de su dolor eran tan amargas, que se sentía emponzoñado. De puntillas y con gatuna cautela, se encaminó al aposento en que solía estudiar su padre. Era una habitación revestida de papel obscuro, sencilla y de buen gusto, dotada con una sillería de cuero de Córdoba con clavos amarillos, una mesa despacho y dos estantes repletos de libros. De las paredes pendía un retrato de toda la familia en grupo: el padre en el centro, doña Mercedes á la diestra, y los niños César y Luisita á la izquierda. El joven contempló en silencio la fotografía, la descolgó con cuidado y se la metió en el bolsillo interior de la chaqueta. Luego, aproximándose á la mesa, púsose á escribir. La carta, dirigida á su amigo Jiménez era breve y de escasa sustancia:

«Salgo en el vapor del 10. He roto airosamente con todos menos con mi hermana. Por

de pronto, se queda con mamá hasta que yo me la lleve. Algo sufrirá la pobre cuando el otro venga, porque es hombre de carácter violento y de bajuna condición social; pero no será largo el martirio. ¿Te sorprende que me vaya? A mí también. Es extraño que mi orgullo no haya padecido viéndoles convivir clandestinamente, y que ahora se alarme cuando van á legitimar sus relaciones. Yo no tengo derecho á ingerirme en la vida de mi madre; pero me asiste el deber de velar por los fueros de mi padre. Ni me opuse ni me quejé mientras *ella* y *él* se amaron á espaldas de la sociedad. Dueño es cada uno de su corazón. De lo que protesto es de que ese hombre entre en mi casa á usurpar un puesto que no le corresponde. Por eso me marcho.»

El santo de papá

A José de Laserna.

El santo de papá

—

CÓMPRAME ese tambor, mamá—decía el niño con imperativo mimo delante del bazar de juguetes.

—No, hijo mío. Ahora no puede ser. Cuando llegue el santo de papá tendrás el tamborcito...

—Y para mí una muñeca grande como la de Conchita, ¿verdad?—agregó la niña con zalamería...

Y entrambas criaturas miraban á su madre, buscando un gesto suyo que les garantizase el cumplimiento de la promesa; pero, como la mueca que ella hizo no les inspiró entera

confianza, insistieron, llorando, en sus demandas.

—Ya sabeis que papá no quiere que se compre nada hasta que llegue el día de su santo...

A regañadientes cedieron los chiquillos en sus pretensiones. La niña, menos interesada ó más pronta al olvido de su capricho, no volvió á importunar á su madre durante el camino, recordándole la prometida muñeca; al paso que Juanín, menos contentadizo ó más terco, volvíase con frecuencia para mirár atrás, como si le hostigara el recelo de perder su juguete...

Tres días después solemnizaba la familia del señor Antonio el cumpleaños del jefe. Era una familia de menestrales, honrada y limpia, con firme crédito en el barrio. Él, un buen mozo, moreno, lampiño, algo adusto y de achulapado empaque. Ella bajita, vivaracha, y con un par de ojos negros que despedían lumbre, y un surtidor de gracia jitana en los los labios de coral. Decidieron irse de merienda al campo, y á eso de las cuatro de la tarde lanzáronse todos á la calle, sin miedo de que el sol los achicharrase. Iban despacio: los niños delante provistos de sus juguetes; Lolita con su muñeca, y Juanín sonando el tambor; los padres detrás muy majos y cargados con las vituallas para la fiesta.

Sus convecinos, en cuanto los vieron salir, asomáronse á los balcones.

—A donde va el señor Antonio con su gente...—preguntábanse unos á otros.

—Pues de merienda—á festejar el santo del padre—respondían los mejor enterados.

Desde la calle de Leganitos en que vivían, enderezaron el paso hacia la plaza de San Marcial, indecisos aún sobre el paraje más adecuado para acampar. Un excusable propósito de ahorro les hizo desechar la idea de meterse en los Viveros. Ya que llevaban consigo una cesta llena de comestibles, incluyendo entre las provisiones media docena de botellas de Valdepeñas, convinieron en plantar su tienda á campo raso allá por la Moncloa. Embocaron, pues, la calle de Rosales, andando hasta encontrarse en el sitio elegido, que era un terreno llano, poblado á trechos de verdor. Hubieron de franquear, por ahorrarse camino, un atajo en rampa que hay al final de esa calle de Rosales, hundiéndose hasta las rodillas entre escombros de derribos y montículos de basura que allí se depositan con intento de nivelar el suelo. No fué grave contrariedad aquella para la regocijada familia, que lo dió todo por bien empleado con tal de encontrarse al cabo de su excursión.

Se instalaron con la comodidad que consentían las circunstancias, al arrimo de unos árboles en plena floración. En la calma de la siesta, emperezábanse hasta los insectos, y todo enmudecía alrededor. El sol, un sol feroz, caldeaba el ambiente con la sañuda intensidad de los estíos africanos, y ni las hojas de los árboles se movían sacudidas por un soplo de aire.

—Liaré un cigarro, y luego merendaremos—dijo el señor Antonio sacando la petaca.

—Por mí no hay prisa—repuso la mujer. Prefiero dormir á todo...

Los niños, tumbados á lo largo del suelo, se amodorraban en silencio. El tambor y la muñeca carecían por el momento de seducción para divertirles. Transcurrida una media hora, en que nadie desplegó los labios, el padre se dispuso á ordenar las vituallas sobre un limpio mantel. La mujer lo miraba, sin prestarle ayuda. El calor secuestraba de tal modo su actividad, que ni aun para moverse tuvo ánimos.

—Anda con un trago, que esto entona—le dijo su marido alargándole un vaso...

Bebió ella sin avidez, y aquel trago fué la señal de comenzar la merienda. A medida que iba declinando la tarde, el rigor de la tempera-

tura cedía, y un airecillo campestre, aliento de la sierra lejana, empezaba á soplar.

A eso de las siete, la familia dejó de comer, después, naturalmente, de arramblar con todo, incluso el vino. Los niños correteaban alegres, persiguiéndose con gritos de alborozo, mientras la madre canturreaba por lo bajo una de esas coplas insustanciales con que satisface el pueblo su sed lírica.

> Es verdad que he sido mala,
> es verdad que he sido mala,
> pero me voy enmendando.
> Entrañita mía
> que ya no te quiero, etc.

El señor Antonio, tumbado panza arriba, fumaba sin proferir palabra. Había bebido copiosamente, y de vez en cuando, un sonoro regüeldo expresaba la protesta del estómago por el excesivo beber. De pronto, alargando el brazo, pellizcó en una pantorrilla á su mujer. Esta, sonriendo, le dijo:

—Estate quieto...

Insistió él, al cabo de algunos minutos, con caricias aún más expresivas y rudas, sin preocuparse de la presencia de los niños.

—O te estás quieto, ó me voy—exclamó ella visiblemente amostazada...

En la borrachera, le dió al señor Antonio por encalabrinarse, y nuevamente se aproximó á su mujer con propósitos lascivos. Ella, indignada, lo rechazaba con empellones.

—Pero, hombre, ten un poco de vergüenza. ¿No ves que están los niños delante?...

Él, lejos de darse por convencido, ni de hacer gesto ninguno que revelara el deseo de contenerse, se abalanzó sobre la indefensa esposa; y como ella se resistiera, llorando de rabia, la golpeó. Derribada en el suelo, y cohibida por el temor de que la matara, la pobre mujer se estuvo quieta. A corta distancia, los niños despavoridos y mudos, presenciaban al través de sus lágrimas, la brutal escena.

DEDICATORIAS

ÍNDICE

Obras del mismo autor.

Viviendo (cuentos).

Almas y paisajes (cuentos).

EN TURNO DE PUBLICACIÓN

Rebeldías (cuentos).

Dos vidas.

El teatro contemporáneo.



